



Jaime Yaffe

Profesor de Historia y licenciado en Ciencia Política. Docente e investigador del Instituto de Ciencia Política (Facultad de Ciencias Sociales) y del Instituto de Economía (Facultad de Ciencias Económicas y de Administración) de la Universidad de la República, Uruguay.

Resumen

En este artículo se analiza el proceso de crecimiento y renovación de la izquierda uruguaya entre 1971 y 2003. Desde la fundación del Frente Amplio (FA) en 1971 hasta la constitución de la Nueva Mayoría en 2002 la izquierda ha aumentado constantemente su apoyo electoral y su bancada parlamentaria hasta constituirse en este momento como el partido con mayores posibilidades de triunfar en las elecciones presidenciales y parlamentarias de octubre de 2004 y acceder al gobierno nacional a partir de marzo de 2005. A lo largo de este periodo el FA ha experimentado importantes transformaciones que se estudian específicamente en este trabajo: institucionalización partidaria, corrimiento hacia el centro del espectro político, construcción de una tradición política propia, asimilación de la democracia política. Asimismo, el trabajo señala las posibilidades y limitaciones que los modelos teóricos y las tipologías elaboradas a partir del estudio de los partidos europeos tienen para este caso latinoamericano.

Palabras clave:

Democracia, elecciones, izquierda, partidos, Uruguay.

Abstract

This article analyzes the growth and renewal of the Uruguayan left between 1971 and 2003. From the foundation of the Frente Amplio (FA) in 1971, to the establishment of the New Majority in 2002, the left continuously increased its electoral support and number of seats in parliament until it became the party most likely to triumph in the presidential and parliamentary elections of October 2004 and govern from March 2005 onwards. Throughout this period, the FA has undergone significant transformations, which are studied in this paper, such as the institutionalization of the party, the shift towards the center of the political spectrum, the construction of a distinct political tradition and the assimilation of political democracy. The paper also points out the possibilities and limitations of the theoretical models and typologies elaborated on the basis of the study of European parties for the case of this Latin American country.

Key words:

Democracy, elections, left, parties, Uruguay.

Fecha de recepción:
julio de 2002

Fecha de aceptación:
diciembre de 2003

Del Frente Amplio a la Nueva Mayoría. La izquierda uruguaya (1971-2004)

*Jaime Yaffe**

INTRODUCCIÓN

En octubre de 2004 los uruguayos repetirán el ritual cívico que reiniciaron en 1984: asistirán a las urnas para elegir al Parlamento y al presidente que los gobernarán a partir del 1 de marzo de 2005 por los siguientes cinco años. Ésta es la quinta instancia electoral que se efectúa desde la recuperación de la democracia, tras el largo paréntesis impuesto por la dictadura militar instalada en 1973.¹ Sin embargo, ésta no será una elección como cualquier otra, puesto que existen grandes posibilidades de que los dos “partidos tradicionales” (el Partido Colorado y el Partido Nacional) que se han alternado en el gobierno desde el siglo XIX pierdan, por primera vez en la historia de

Uruguay, el control del poder ejecutivo nacional y sean relevados por la izquierda (reunida desde 1971 en el Frente Amplio) y sus aliados (reunidos desde 1994 en el Encuentro Progresista y, desde 2002, en la Nueva Mayoría).

El interés que esta probabilidad otorga a la próxima instancia electoral uruguaya se ve reforzado por el contexto regional en que se inscribe. La llegada de Luis Ignacio Da Silva al gobierno brasileño y la orientación del gobierno argentino de Néstor Kirchner son las evidencias más fuertes de que soplan vientos nuevos en la política y en la economía de la región. La época de las “reformas estructurales” de inspiración neoliberal (caracterizadas por la apertura externa, la desregulación y el retraimiento del sector público) podría haber llegado a su fin y la adhesión al proyecto estadounidense de libre comercio continental ya no se muestra tan incondicional como hace algunos años. Un triun-

* Agradezco las sugerencias de Gabriel Bucheli, José Rilla y Gonzalo Varela que han contribuido a mejorar este texto. También a los dos comentaristas anónimos, cuya opinión requirió el editor.

¹ Entre 1973 y 1985 Uruguay vivió bajo un régimen autoritario protagonizado por las Fuerzas Armadas y colaboradores civiles. El 27 de junio de 1973 el entonces presidente de la república (Juan María Bordaberry) dispuso la disolución del Parlamento, iniciándose una dictadura que se prolongó por casi doce años. En noviembre de 1984 se efectuaron, aún en medio de fuertes restricciones a las libertades, las primeras elecciones presidenciales y parlamentarias

desde el golpe de Estado de junio de 1973 (las últimas habían ocurrido en noviembre de 1971, cuando fue electo Juan María Bordaberry, uno de los candidatos del Partido Colorado). En febrero de 1985 asumió el Parlamento electo y en marzo hizo lo propio el presidente Julio María Sanguinetti (uno de los candidatos presidenciales presentados por el Partido Colorado en las elecciones de noviembre de 1984).

fo del Frente Amplio (FA) pondría a Uruguay en sintonía política con sus vecinos, completando el fin de la hegemonía de la derecha y centro-derecha liberal, propia de los años noventa, y el giro hacia gobiernos ubicados hacia la izquierda y centro-izquierda del espectro político.

Este artículo analiza las principales características y transformaciones de la izquierda uruguaya desde la fundación del Frente Amplio en 1971 hasta la actualidad.² En primer lugar, se contextualiza el proceso político uruguayo contemporáneo en el nuevo marco político regional y se presenta el proceso de crecimiento y renovación de la izquierda uruguaya, identificando tres dimensiones de cambio (electoralización y moderación, institucionalización y tradicionalización, democratización). En segundo lugar, se estudia la primera de estas dimensiones de la renovación del FA, atendiendo a los cambios en la ideología, el programa y las bases sociales de la izquierda. En tercer lugar, se considera el proceso de institucionalización partidaria del FA y la construcción de su identidad a partir del cultivo de una tradición política propia. Por último, se analiza el cambio en la concepción de la izquierda uruguaya acerca de la democracia política. En las conclusiones se sintetizan los principales contenidos del artículo para dar una visión de conjunto del pro-

² El Frente Amplio (FA) se fundó en 1971 como una coalición entre partidos y fracciones políticas provenientes de la izquierda marxista (Partido Comunista, Partido Socialista, entre otros), de la izquierda socialcristiana (Partido Demócrata Cristiano) y de los partidos tradicionales, dando cabida a su vez a dirigentes políticos y ciudadanos que, sin pertenecer a los grupos fundadores, se adhirieron directamente al FA.

ceso de crecimiento y renovación de la izquierda y plantear algunos desafíos de cara a un probable triunfo electoral y acceso al gobierno a partir de marzo de 2005. Mediante notas subsidiarias del texto se han introducido los elementos de información que ayudarán a los lectores no familiarizados con la política uruguaya a comprender más fácilmente algunas de las cuestiones planteadas.

LA IZQUIERDA URUGUAYA Y EL CAMBIO POLÍTICO EN LA REGIÓN

Los efectos del triunfo del Partido de los Trabajadores (PT) en las elecciones presidenciales de 2002 trascienden largamente las fronteras nacionales del sistema político brasileño. Aunque estos procesos sólo pueden evaluarse en toda su extensión desde la perspectiva histórica que brinda el paso del tiempo, no parece ser en exceso audaz anticipar que una nueva realidad política comenzó a configurarse en el cono sur de América Latina desde que Luis Ignacio Da Silva inició su gestión de gobierno y que, posiblemente, los impactos de este cambio político afectarán a toda la región. El giro político, ciertamente inesperado, que se ha evidenciado en Argentina a partir de la llegada de Néstor Kirchner (uno de los tres candidatos del Partido Justicialista (PJ) que disputaron las últimas elecciones nacionales de 2003) a la presidencia consolida esta percepción de cambio regional.

Aunque la gravitación económica y política de Uruguay es absolutamente menor en relación con sus dos grandes vecinos, la posibilidad firme de que el Frente Amplio, el principal partido de la izquierda uruguaya, triunfe en las eleccio-

nes a realizarse a fines del año 2004 adquiera, al producirse en un contexto regional transformado, un significado que también trasciende lo estrictamente nacional. Lejos de eclipsarlo, el acceso del PT al gobierno brasileño realza la importancia eventual del triunfo de su par ideológico uruguayo. En tal caso se confirmaría un giro a la izquierda de dos de los socios del Mercado del Cono Sur (MERCOSUR). Al mismo tiempo, aunque está en los inicios de su gestión y pertenece a un heterogéneo partido político que difícilmente pueda etiquetarse como perteneciente a la izquierda latinoamericana (el PJ alberga al mismo tiempo al menemismo, fuertemente identificado con los postulados neoliberales predominantes en los años noventa),³ la gestión del gobierno encabezado por Kirchner ha coincidido con los lineamientos de política regional e internacional impulsados desde el gobierno brasileño. Esta sintonía argentino-brasileña que se fue haciendo evidente en

³ Como sucede con otros partidos latinoamericanos nacidos en el contexto de experiencias populistas propias del modelo de industrialización sustitutiva de importaciones (el peronismo argentino, el cardenismo mexicano, el varguismo brasileiro, entre otros), el Partido Justicialista no se identifica a sí mismo, ni es posible hacerlo sino a costa de grandes simplificaciones, con una etiqueta ideológica que permita ubicarlo fácilmente en el continuo izquierda-derecha. Se trata de un partido que, como ha sido característico de tales experiencias populistas, nació a partir de un amplio movimiento político y social nucleado tras la figura carismática de un líder (Juan Domingo Perón), sin una ideología precisa más allá de su énfasis discursivo nacionalista y popular, abarcativo de un amplio espectro que admitía desde nacionalistas de derecha hasta revolucionarios de izquierda, y presenta, desde el punto de vista de su estructuración organizativa, un grado de institucionalización altamente informal.

las acciones, y, sobre todo, por el momento, en los pronunciamientos de ambos gobiernos, quedó explícitamente formulada en el “Consenso de Buenos Aires” que Kirchner y Lula suscribieron el 16 de octubre de 2003 en la capital argentina.

Más allá de que Chile confirma su trayectoria por una senda distinta, de la incertidumbre en torno al futuro político de Paraguay y de los rumbos por los que se encauce la heterodoxa experiencia iniciada en Argentina, el cambio político brasileño, eventualmente reforzado dentro de dos años por uno de la misma orientación político-ideológica en Uruguay, ha determinado opciones claras en materia de integración regional y de relacionamiento con los Estados Unidos de América. Tras la ola reformista (liberalizante y aperturista) de los años noventa, el actual contexto histórico de la región está definido por la crisis económico-financiera que sacudió a Argentina y Uruguay en el 2002, la relativa inestabilidad política en Argentina y Paraguay, y la debilidad que afectó al MERCOSUR cuando parte de las elites políticas e ideológicas regionales se volcaron preferentemente hacia la propuesta de libre comercio impulsada por la administración Bush (Área de Libre Comercio de las Américas, ALCA).

Entonces, el triunfo del PT brasileño, la orientación del actual gobierno del PJ argentino y las crecientes posibilidades del FA uruguayo podrían consolidar un giro político importante para el futuro regional y latinoamericano, que ya se ha comenzado a producir a través de algunas de las iniciativas de la administración encabezada por Lula. En lo político, el acceso de la izquierda al gobierno implica un corrimiento a la izquierda, luego del predominio de gobiernos que, desde la recu-

peración de la democracia a mediados de los años ochenta, han oscilado entre el centro-derecha y el centro-izquierda (digamos, para concretar la afirmación con figuras representativas, entre Carlos Saúl Menem y Fernando Enrique Cardoso).

En lo económico, este cambio podrá tener dos derivaciones. Por un lado, la revisión y reformulación en el avance de las “reformas estructurales” liberalizadoras, puesto que acceden al gobierno, en el caso de Brasil y eventualmente Uruguay, partidos que, habiéndose opuesto a estas reformas, reivindican más enfáticamente a sus antecesores la centralidad del Estado en la conducción del proceso económico y la prioridad de la “agenda social”. Por otro lado, la tonificación de la apuesta al MERCOSUR y la revisión crítica del proyecto estadounidense para la creación del ALCA.

Si el estudio del itinerario reciente de la izquierda uruguaya tiene para los estudios políticos latinoamericanos el valor propio de cualquier estudio de caso al revelar una parte de la realidad política latinoamericana, el peculiar momento histórico que tratamos de reseñar en los párrafos anteriores le atribuye al caso una significación mayor, en tanto que es un componente del cambio político regional que se avizora. Dentro de ese contexto, la importancia *per se* del estudio de la historia y el presente del principal partido de la izquierda uruguaya se deriva del constante crecimiento electoral y político que ha experimentado desde su fundación en 1971, poniéndolo actualmente en las puertas del gobierno nacional, luego de administrar durante quince años el gobierno de Montevideo, capital del país y principal centro demográfico, económico y político.

Aunque no adherimos a los ejercicios de pronóstico electoral ni creemos en la infalibilidad que las encuestas de opinión pública tienen tal efecto, resulta indudable que la evolución del electorado uruguayo desde el retorno a la democracia exhibe algunas tendencias consistentes que revelan un proceso continuo de declive de la derecha y la centro-derecha encarnadas por los “partidos tradicionales” (Partido Colorado y Partido Nacional o Blanco) y de crecimiento de la izquierda (Frente Amplio) y, en menor medida, de la centro-izquierda (Nuevo Espacio). Se trata de un cambio relevante en las preferencias políticas de los uruguayos que confirma un proceso iniciado antes de la dictadura militar.

Desde el nacimiento de la poliarquía uruguaya en los años veinte del siglo pasado hasta las elecciones de 1966, los dos partidos tradicionales concitaron el apoyo de aproximadamente 90% del electorado, alternándose en el ejercicio del gobierno. Desde 1971, en que compareció por primera vez un tercer partido relevante (el Frente Amplio), el viejo bipartidismo tradicional comenzó a declinar. Además, desde 1989 compete un cuarto partido (el Nuevo Espacio),⁴ completando la actual

⁴ En verdad bajo la denominación Nuevo Espacio (NE) se comprende a dos sujetos políticos diferentes. En 1989, dos de los grupos fundadores del Frente Amplio (el Partido Demócrata Cristiano [PDC]) y el Partido por el Gobierno del Pueblo [PGP] lo abandonaron para fundar, junto a un viejo partido de tradición católica, la Unión Cívica, una coalición a la que denominaron Nuevo Espacio. En 1994 esta coalición se dividió: el PGP acordó una alianza con el sector mayoritario del Partido Colorado, mientras que el PDC se integró al Encuentro Progresista (EP), un acuerdo programático y electoral con el Frente Amplio y

configuración multipartidista del sistema de partidos uruguayo. En 1994 el FA concretó una alianza político-electoral con algunos grupos menores, dando lugar al Encuentro Progresista (EP).⁵

De esta forma, en 1994 el sistema de partidos culminó la transición iniciada en 1971 desde un bipartidismo de larga data a un pluralismo moderado con tres parti-

otros grupos menores. Sin embargo, el nombre Nuevo Espacio sobrevivió a la ruptura de la coalición formada en 1989, puesto que una fracción disidente dentro del Movimiento por el Gobierno del Pueblo no aceptó la alianza con el Partido Colorado y se escindió adoptando para sí el lema Nuevo Espacio con que se nomina desde 1994 hasta hoy en día.

⁵ Los cuatro grupos fundadores del EP fueron: el FA, el PDC (fundador del FA en 1971 e integrante del mismo hasta su separación en 1989 para fundar el Nuevo Espacio, del que se separó a su vez en 1994, ingresando entonces al EP), la Alianza Progresista (un desprendimiento del Partido Nacional), y el Baillismo Progresista (un muy poco conocido agrupamiento, electoralmente irrelevante, de ciudadanos provenientes del Partido Colorado). En noviembre de 1994 esta alianza compareció en las elecciones nacionales bajo la denominación Encuentro Progresista, mientras que en octubre de 1999 lo hizo bajo el lema Encuentro Progresista-Frente Amplio. En el año 2001 se incorporó al EP un quinto integrante: el Movimiento de los Claveles Rojos, pequeña fracción escindida del Partido Colorado. En diciembre de 2002, el Nuevo Espacio suscribió un acuerdo político-programático con el EP, dando lugar a una nueva alianza que, bajo el nombre Nueva Mayoría, reúne a todo el espectro de la izquierda a la centro-izquierda. Aunque no se conocen los detalles de este acuerdo respecto a su expresión electoral, es muy probable que comparezca a las elecciones de 2004 bajo una fórmula presidencial común. Este acuerdo entre el Nuevo Espacio y el Encuentro Progresista generó a su vez la fractura de un grupo de disidentes dentro del primero, los que procedieron a registrar un nuevo partido, el Partido Independiente, cuyo futuro es aún incierto.

dos mayores y un cuarto menor.⁶ El casi constante crecimiento electoral de la izquierda ha sido la nota más saliente de la transformación del sistema de partidos. Elección tras elección, con la sola excepción de la de 1989, el Frente Amplio incrementó su caudal electoral y su contingente legislativo.⁷ En las elecciones presidenciales y legislativas de octubre de 1999 esta tendencia alcanzó su máxima dentro del periodo cuando el EP-FA se constituyó en el partido más votado y obtuvo la bancada parlamentaria mayor de la actual legislatura, aunque no obtuvo la presidencia de la república.⁸

⁶ Entre 1984 y 1999, el Número Efectivo de Partidos (una medida promedio de los apoyos electorales de los partidos, ponderado según el peso relativo de cada uno de ellos) ha oscilado entre un mínimo de 3.0 en 1984 y un máximo de 3.5, en 1989, ubicándose actualmente en 3.1 según surge de los resultados de las elecciones nacionales de octubre de 1999.

⁷ En elecciones presidenciales y parlamentarias simultáneas obtuvo (como porcentaje sobre el total de votos computados como válidos) los siguientes resultados: en 1971 (FA) 18.3%, en 1984 (FA) 21.3%, en 1989 (FA) 21.2%, en 1994 (EP) 30.6%, y en 1999 (EP-FA) 39.1%. Dada la alta proporcionalidad que caracteriza al sistema electoral uruguayo en la asignación de cargos, estos resultados electorales se tradujeron casi exactamente como contingente legislativo: 17.7% en 1972-1973; 20.6% en 1985-1989, 21.4% en 1990-1994, 30.5% en 1995-1999, 39.7% en 2000-2004 (porcentajes calculados sobre el total de bancas de senadores y diputados).

⁸ Con la reforma constitucional de 1996 Uruguay se incorporó a la larga lista de países latinoamericanos que adoptaron la elección presidencial por mayoría absoluta, con segunda vuelta entre los dos candidatos más votados en caso de que ninguno de los contendientes alcance tal mayoría en la primera. El sistema se estrenó en la elección presidencial de octubre de 1999 cuando el EP-FA obtuvo la mayoría relativa pero no alcanzó la absoluta. La segunda vuelta

Sobre la base de esta tendencia firme del electorado a lo largo de tres décadas, se registran los resultados más recientes de las encuestas de opinión pública que revelan que, luego de las elecciones de 1999, el apoyo a la izquierda no ha disminuido, sino que continúa creciendo a medida que se acerca el próximo acto electoral. En octubre de 1999, el EP-FA obtuvo 39% de los votos. Desde entonces las encuestas de opinión pública han registrado un lento pero constante crecimiento de la "intención de voto" al EP-FA. Actualmente la misma se acerca, con matices entre las distintas encuestadoras, a la mayoría absoluta.⁹ Si esta tendencia se mantuviese, se consolidaría una eventualidad considerada como poco probable hasta hace muy poco tiempo: el EP-FA podría triunfar en la primera vuelta del 2004 sin necesidad de batirse en un balotaje.¹⁰

se realizó en noviembre de 2000 entre la fórmula presidencial del EP-FA y la del Partido Colorado que contó con el apoyo explícito del Partido Nacional, resultando vencedora la segunda. Como las elecciones legislativas se realizan en forma simultánea y conjunta con la primera vuelta de las presidenciales, el EP-FA se constituyó en el mayor partido parlamentario, aun cuando fue derrotado en el balotaje que dirimió la disputa por la presidencia de la república.

⁹ En junio 2003 la encuestadora Factum Opinión Pública registró 50% de intención de voto al EP-FA, mientras que Equipos Mori registró 46% como promedio febrero-junio 2003. Datos tomados de las páginas web de las empresas mencionadas: <www.factum.com.uy> y <www.equipos.com.uy> respectivamente.

¹⁰ De tal forma que ésta será la tercera elección en la que la izquierda se presenta con grandes oportunidades de ganar (ya sucedió así en 1994 y en 1999, aunque finalmente fue vencida por márgenes estrechos). Esa expectativa acumulada y acrecentada a lo largo de una década es la que, en un contexto

Este constante crecimiento electoral del FA no puede interpretarse únicamente como un cambio de las preferencias electorales de los uruguayos, pues al mismo tiempo la izquierda experimentó muchos cambios. A los efectos analíticos es posible agruparlos en tres grandes dimensiones que dan cuenta del conjunto de transformaciones producidas en el marco de la renovación de la izquierda.

En primer lugar, se ha producido un corrimiento del FA hacia el centro del espectro político. Esta moderación, cuyos alcances y limitaciones pueden observarse claramente en la evolución de su programa y su discurso político, se acompaña de otras novedades que completan el panorama de la moderación. Entre ellas se destacan los cambios, sus referencias ideológicas y en las bases sociales de la izquierda.

En segundo lugar, el FA, fundado en 1971 como una coalición de partidos de izquierda y fracciones escindidas de los partidos tradicionales, se fue transformando en un partido propiamente dicho. Los diversos componentes (los fundacionales y los que se incorporaron posteriormente) se mantienen como fracciones del "partido frenteamplista" que se institucionaliza como tal al desarrollar una estructura y unas reglas de funcionamiento propias e independientes de las de los grupos que lo componen. Al mismo tiempo, el FA construye una identidad propia en la que los elementos de tipo tradicional y emotivo desempeñan un papel decisivo. Para

de crisis económica y social como la que afecta a Uruguay en este momento, y con la trayectoria de la opinión pública a la vista, ha creado una fuerte sensación de inminencia acerca del triunfo de la izquierda en la próxima elección.

ello la izquierda incorporó una potente tradición política que se volvió un componente relevante de su identidad partidaria. De esta forma, la tradicionalización¹¹ complementó el proceso de institucionalización antes mencionado, fortaleciendo al “frente amplismo” como partido político (con estructura e identidad propias) nacido a partir de una coalición originaria.

En tercer lugar, ha cambiado radicalmente la concepción de la democracia predominante en la izquierda, transitando desde la visión instrumentalista y clasista de la “democracia burguesa” a una significativa valorización de la misma como forma superior de organización política de la sociedad a ser preservada y perfeccionada como un fin en sí mismo.

La complementariedad y funcionalidad entre la moderación, la tradicionalización y la democratización es una de las bases del exitoso desempeño electoral del FA. La combinación de los dos primeros factores le permitió realizar dos movimientos simultáneos altamente convenientes: correrse hacia el centro del espectro político, incrementando allí sus apoyos electorales; y retener sus bases electorales tradicionales; al tiempo que se acreditó su vocación democrática en una sociedad cuya cultura política está fuertemente centrada en esa convicción.

¹¹ Por “tradicionalización” se entiende aquí el reforzamiento del peso de los elementos de tipo tradicional en la configuración de la identidad partidaria, del mismo modo que por ideologización o desideologización se entiende el creciente o menguante peso que la ideología puede tener en la misma.

ELECTORALIZACIÓN, MODERACIÓN PROGRAMÁTICA, DESIDEOLOGIZACIÓN Y POLICLASISMO

Lamentablemente, existe un notorio retraso en la producción académica sobre los partidos políticos latinoamericanos, si se la compara con la existente para los partidos europeos y estadounidenses. Recientemente se han dado pasos importantes en el estudio de algunos casos nacionales, pero ello aún no ha redundado en la formulación de caracterizaciones y tipologías de orden más general que permitan inscribir y comparar los distintos casos estudiados en el marco de procesos y fenómenos más amplios. Tanto en el terreno empírico como en el de la reflexión teórica existen vacíos importantes. Por ello, a pesar de las certeras prevenciones formuladas por Levitsky, debemos, por el momento, seguir recurriendo a las categorías y marcos de referencia elaborados por los estudiosos de los casos europeo-occidentales.¹²

La tipificación de los *catch all parties* (partidos “agarra-todo”), formulada por Kirchheimer, asoció la competitividad electoral de los partidos con una evolución caracterizada por la desideologización, la moderación programática, el relajamiento

¹² Levitsky, luego de repasar la literatura reciente sobre partidos políticos en Latinoamérica y señalar sus avances y vacíos, advierte que la tendencia a recurrir en forma acrítica a los modelos formulados a partir del estudio de los partidos europeos: “puede generar importantes costos en términos de diferenciación analítica, dado que no permite a los académicos captar las diferencias entre los partidos latinoamericanos y los europeos. Más aún limita nuestra habilidad para diferenciar entre diversas organizaciones partidarias latinoamericanas”. Levitsky, “Inside”, 2001, p. 107. Traducción mía.

de la relación con el movimiento obrero, la mayor apertura a grupos de interés diversos, la flexibilización del carácter militante, el creciente peso de los líderes y el debilitamiento de la relación del partido con sus electores.¹³

Panebianco agregó a estas características otro factor, la profesionalización (el peso creciente de los profesionales con competencias especializadas dentro de la dirección partidaria), para postular su modelo de "partido profesional electoral".¹⁴

Przeworski y Sprague formularon el "dilema electoral" de la socialdemocracia: cuanto más se acercaba ésta a la posibilidad de triunfar electoralmente más necesitaba fortalecer la convocatoria policlasista, poniendo de esta forma en riesgo la adhesión electoral de su base obrera tradicional. En caso de que decidiese retenerla, resignaría la posibilidad de triunfar y se condenaría a permanecer en la oposición.¹⁵

Kitschelt, desde supuestos de racionalidad de los actores políticos como sustento de sus estrategias electorales coincidentes con los de Przeworski y Sprague, estudió cómo, en el caso europeo, el corrimiento hacia el centro de la "izquierda tradicional" (socialdemócrata y, en algunos casos, comunista) y/o su participación en el gobierno abrió un frente de competencia política desde el extremo izquierdo del espectro político, por parte de una "izquierda libertaria" que se hace cargo de una agenda abandonada o no considerada por la anterior y capta al electorado descontento con su moderación y/o con su gestión gubernativa. En este sentido,

Kitschelt completa el planteo de los autores del "dilema electoral" al analizar específicamente el abandono de un espacio político, por efecto de la moderación de la izquierda tradicional, que es ocupado por una nueva izquierda que de esa forma le resta electorado a la socialdemocracia.¹⁶

El valor de los estudios de caso como el que se presenta en este artículo reside en su capacidad para captar la especificidad que reviste cada proceso particular. El marco de interpretación que brindan las tipologías y caracterizaciones formuladas por distintos autores a partir del estudio de los partidos socialdemócratas europeos son una referencia útil que pone a disposición un buen mapa de ruta para emprender el análisis de nuestro caso y establecer comparaciones con la trayectoria de otras izquierdas en Latinoamérica y en Europa.

En el caso del FA de Uruguay, es posible registrar varios de los cambios que estos autores señalan como característicos de la transformación de los "partidos de masas" en "partidos agarratado" o "profesional electoral", aunque no se confirma la inexorabilidad del "dilema electoral" ni el reto de una "izquierda libertaria" que le haga competencia. En las líneas que siguen se analizan los cambios programáticos e ideológicos, la pérdida de centralidad de la autoidentificación clasista (obrerista), y su reformulación hacia un policlasismo ciudadano que induce a su vez un ajuste de las relaciones con el movimiento obrero y un acercamiento al mundo empresarial.

En cuanto a la evolución del programa del FA comencemos por sintetizar el contenido de las Bases Programáticas de la

¹³ Kirchheimer, "Transformation", 1966.

¹⁴ Panebianco, *Modelli*, 1982.

¹⁵ Przeworski y Sprague, *Paper*, 1986.

¹⁶ Kitschelt, "Partidos", 1994.

Unidad (1971), el programa fundacional del FA. Postula la necesidad de establecer una “planificación nacional independiente de la economía, con objetivos sociales” instituyendo para ello un “organismo para dirigir la planificación donde participen los sindicatos obreros, los productores, los técnicos y los representantes del poder político” y expandiendo el patrimonio comercial e industrial del Estado mediante una política de nacionalizaciones. Se planteaba una reforma agraria que redistribuya la tierra eliminando el latifundio y apoyando técnica, educativa y crediticiamente a los pequeños y medianos productores favorecidos por la misma. Se postulaba una “vigorosa política de industrialización”. Se proponía la “nacionalización de la banca” y de los “grandes monopolios que controlaban el comercio exterior”. Por último, se hacía referencia a la “reforma radical del régimen tributario” gravando las grandes fortunas, el capital improductivo y los vicios sociales, y reduciendo los impuestos al consumo. En resumen, en 1971 el FA proponía: planificación de la economía, expansión del Estado, nacionalizaciones (en particular de la banca y el comercio exterior), reforma agraria, industrialización y reforma tributaria.¹⁷

Luego de la dictadura (1973-1984), en ocasión de las elecciones de 1984 y 1989, el FA realizó algunos ajustes a su programa, pero en esencia se mantuvieron los postulados fundamentales del de 1971 que acabamos de reseñar. En cambio, en vísperas de las elecciones de 1994 se produce un importante debate interno en torno a la conveniencia de introducir modificaciones que moderaran algunas de

las propuestas de cambio más radicales presentes en dicho programa (reforma agraria, nacionalización de la banca y del comercio exterior).¹⁸ Aunque finalmente la discusión en el FA se trabó y las propuestas de renovación del programa no se concretaron, se produjo en esa ocasión un hecho que definiría el curso de este debate: la creación del EP como una alianza más amplia del FA con tres socios menores.

La creación en 1994 del EP es un elemento particularmente importante desde el punto de vista de la moderación programática de la izquierda. A partir de entonces, aunque el FA mantiene su propio programa (que se mantiene fiel al de 1971), paralelamente se inicia la historia del programa del EP que irá eclipsando al del FA hasta llegar a la situación planteada en 1999 en que la confrontación programática con los partidos adversarios no se centra en el documento aprobado por el último congreso del FA (1998), sino en el del EP (titulado “El otro programa”, 1999).¹⁹ De tal forma que, cuando el trámite de la renovación programática se trabó en el Frente Amplio en 1994, la creación del EP en ese año y su consolidación posterior fue la vía por la que aquella se concretó.

La izquierda continúa promoviendo un programa que pone énfasis en el cambio, con una persistente preocupación por la transformación económica de Uruguay, orientada tanto al crecimiento económico como a la sustentación de una política social y tributaria redistributiva fundada en principios de justicia social e intenciones de corte igualitarista. Junto a esas per-

¹⁷ “Bases”, 1971.

¹⁸ “Documento”, 1994.

¹⁹ “Otro”, 1999.

sistencias, la reformulación programática también muestra cambios importantes que recorren por lo menos dos pistas: la moderación de las propuestas de transformación económica (desaparecieron tres puntos fundamentales del programa de 1971: reforma agraria, nacionalización del comercio exterior y del sistema bancario); y la jerarquización de temas sociales y político-institucionales antes inexistentes o muy poco desarrollados (impulso a las políticas sociales, reforma del Estado, perfeccionamiento y profundización de la democracia).

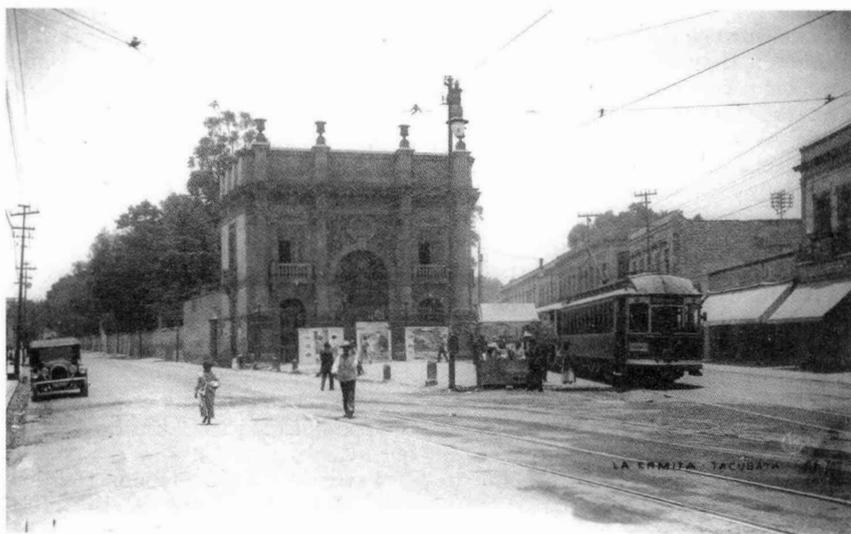
En resumen, se trata de un programa cambio moderado orientado hacia la transformación y el crecimiento económico, la justicia social y la democracia, en el que se asigna al Estado un papel relevante en la conducción del proceso económico y social. Éstas constituyen las notas distintivas que definen la identidad programática actual del EP-FA.

Simultáneamente, con esta moderación programática la izquierda se ha renovado ideológicamente, tanto desde el punto de vista de las referencias ideológicas (sus contenidos), como del lugar que la ideología ocupa en la configuración de la identidad político partidaria. Existe una dificultad para registrar y evaluar este cambio, puesto que es prácticamente imposible considerar al Frente Amplio como un actor unificado en materia ideológica. Desde 1971 la izquierda ha tenido un solo programa, pero no ha reconocido un marco ideológico compartido por todos sus componentes. Sin embargo, es posible y útil considerar el itinerario ideológico de algunas fracciones del FA, en particular aquellas para las que la ideología era un componente central de su identidad y de su acción política.

Se constata en estos años una reducción de la intensidad y un incremento de la extensión ideológica.²⁰ Las definiciones de la mayor parte de los grupos de la izquierda uruguaya que confluyeron en el Frente Amplio se caracterizaban por ser muy precisas y concretas en cuanto a su identificación con una determinada corriente de pensamiento. Cada organización política tenía en su etiqueta ideológica (“marxista”, “leninista”, “maoísta”, “trotskista”, etc.) una importante seña de su identidad. En la medida en que este fenómeno se traducía en la adopción de definiciones teóricas precisas, restringidas, más o menos compactas, que eran incluso defendidas en términos de “pureza ideológica”, es que señalamos la existencia de una elevada intensidad y una baja extensión ideológica de la izquierda socialista anterior a la dictadura (hasta 1973).

En el periodo posdictatorial (de 1985 en adelante) la izquierda ha mostrado una creciente amplitud y flexibilidad en la composición de su marco ideológico, por lo que cabe indicar que la extensión ideológica se ensancha. Al mismo tiempo, ha descendido la intensidad de la adhesión a corrientes ideológicas estrictamente acotadas. Las diversas fracciones del FA se

²⁰ Por “intensidad ideológica” se entiende aquí el grado de definición ideológica, la fuerza con que se adhiere a una determinada ideología. En un sentido similar Sartori, *Partidos*, 1992, p. 159, definió la intensidad ideológica como “la temperatura o el afecto de un contexto ideológico dado”, aunque en su caso al aludir al contexto se estaba refiriendo no a un actor político en concreto como lo hago aquí, sino a todo un sistema. La “extensión ideológica” refiere al grado de amplitud o restricción de los componentes diversos que integran un determinado conjunto de ideas identificados como propios de un sujeto político.



muestran más propensas a adoptar definiciones amplias, abiertas a la incorporación de aportes de variadas vertientes del pensamiento de izquierda. Predominan las definiciones abiertas como “socialista” o, aún más extensas y difusas, como “progresista”. Se hace cada vez más frecuente el reconocimiento de la conveniencia de incorporar elementos del otrora adversario doctrinario mayor del socialismo, el liberalismo, incluso en su versión económica.

Evidentemente, en este aspecto como en otros, la izquierda uruguaya no es una excepción. Fenómenos internacionales tales como la crisis del marxismo y la caída del socialismo real indudablemente tienen relación con estos cambios. Pero también hay factores locales que contribuyen a la explicación del fenómeno. La incorporación del liberalismo político, y en particular la valoración de la libertad, de los derechos y garantías civiles y políticos se relacionan con la traumática experiencia autoritaria sufrida particularmente por la izquierda entre 1973 y 1985. Asimismo, la mayor cobertura ideológica responde a razones estrictamente estratégico-electorales: en la medida en que el FA crece hacia el centro del espacio político-ideológico y aspira a conquistar la mayoría que le permita acceder al gobierno, ha ido adaptando su configuración ideológica, abarcando un espectro mayor, sin abandonar por ello ciertas definiciones básicas que hacen a la preservación de una identidad de izquierda.

En este sentido no ha habido una completa sustitución del fundamento ideológico anterior. El socialismo no ha desaparecido del marco teórico de la izquierda uruguaya. Sí se ha producido una ampliación del espectro ideológico por

incorporación de nuevos elementos sobre la base de la matriz originaria que, a su vez, es concebida en forma menos dogmática y restrictiva, más crítica y abierta. Al mismo tiempo, la carga ideológica de los diversos componentes del Frente Amplio se ha ido alivianando, disminuyendo de esa forma el peso que las referencias ideológicas tenían en el pasado en la configuración de la identidad partidaria de la izquierda. En resumen: menor intensidad y mayor extensión de la ideología, al tiempo que la misma ocupa un lugar menor al que ostentó en el pasado, como componente de la identidad política de la ideología. Sólo en este sentido puede hablarse de una relativa desideologización.

Aunque el Frente Amplio se definió desde su fundación como una fuerza política policlasista, la izquierda ha considerado a la clase obrera, a los trabajadores en general, como su base social “natural”, proclamándose como su representación política. En la práctica, ha sido fuerte la vinculación con el movimiento obrero. También en este aspecto el itinerario reciente del FA evidencia cambios en el comportamiento y en el discurso de la izquierda.

La tradicional articulación, originada a fines del siglo XIX y consolidada hacia mediados del XX, entre izquierda social e izquierda política, esto es, la relación privilegiada entre algunos partidos de la izquierda y las organizaciones sindicales de los trabajadores, se prolongó a partir de 1971 en la vinculación entre el FA y la Convención Nacional de Trabajadores aunque, como veremos a continuación, a partir de la fundación del FA se reconoce el inicio de un cambio en esta relación.

Con la redemocratización del país en 1985, aquella estrecha vinculación pareció

restaurarse. Sin embargo, desde entonces esa relación se fue modificando verificándose una mayor independencia por parte del movimiento sindical respecto a la izquierda política. Este fenómeno se vio reforzado a partir de la crisis del Partido Comunista de Uruguay en 1992, dada la gravitación sustancial que dicha fracción del Frente Amplio tenía dentro del sindicalismo.

A lo largo de la nueva etapa política que se abrió en 1985, y en particular desde 1990, se registran dos fenómenos que confirman y aceleran un rumbo ya anunciado en 1971, cuando el FA emergió como un movimiento político cuya convocatoria ciudadana estaba explícitamente orientada a un espectro policlasista a partir de un programa “nacional y popular”.

Por un lado, se reconoce en la dirigencia de la izquierda una notoria preocupación por fundar vínculos con el empresariado. A medida que, como ha sucedido ininterrumpidamente entre 1985 y 2004, se incrementó la expectativa de alcanzar el gobierno nacional por parte del FA se ha hecho evidente la intención de lograr una confianza mutua entre la izquierda y el empresariado —que tiene su centro y su problema en las expectativas acerca del manejo de la política económica— como factor clave para mantener la estabilidad económica y política, y desarrollar planes de mediano y largo plazo.

Las siguientes afirmaciones del economista Alberto Couriel (senador desde 1990 y dirigente de la Vertiente Artiguista del FA) formuladas hace algunos años son altamente elocuentes sobre el punto:

Para un gobierno popular el relacionamiento con el sector empresarial tiene un papel

extraordinariamente relevante. La negociación con el sector empresarial es central para el proceso de acumulación de capital, para la incorporación de progreso técnico, para el crecimiento económico [...]. La negociación debe asegurar la credibilidad de la política económica para que no haya formas de desestabilización de acciones especulativas.²¹

Por otro lado, en el periodo mencionado se produce otro fenómeno que es la contracara complementaria del anterior. La dirigencia frenteamplista reconoce que sus relaciones con el movimiento sindical podrían ser, en el caso de ser gobierno nacional, conflictivas. La imposibilidad de concretar a corto plazo ciertas demandas sindicales y la necesidad de mantener vínculos cordiales con el empresariado son dos factores que podrían plantear situaciones de enfrentamiento con los sindicatos. En este sentido, la experiencia de los quince años de relación entre el gobierno frenteamplista del municipio de Montevideo y el sindicato de los trabajadores municipales que ha pasado por varias situaciones conflictivas plantea anticipos fuertemente indicativos de la problemática antedicha.

En todo caso, las relaciones entre el Frente Amplio y el movimiento sindical han ingresado en una nueva fase caracterizada por el replanteo de la vieja “hermandad sindical” de la izquierda. Al respecto, Reinaldo Gargano (senador y secretario general del Partido Socialista de Uruguay-FA) declaró en 1993:

Hoy el relacionamiento con los trabajadores ya no es sencillo [...] el Frente Amplio ha tenido una tradición de relaciones con los

²¹ Wettstein, *Frente*, 1993, vol. IV, p. 346.

trabajadores organizados sindicalmente, pero es muy cierto también que las organización sindicales uruguayas –para bien– ya no son más la correa de transmisión de un determinado partido político. Tienen mucha independencia [...] nuestro Frente tiene que pensar no sólo en función de los intereses de los trabajadores, sino del conjunto de la sociedad.²²

Estos fenómenos –normalización de las relaciones con el empresariado y redefinición de la vinculación con los sindicatos de trabajadores– tienen clara relación con el nuevo posicionamiento político-electoral del Frente Amplio. La creciente expectativa de un gobierno frenteamplista, junto con la experiencia de la gestión municipal montevideana –que completará quince años a comienzos de 2004–, modificó las actitudes de la izquierda hacia trabajadores y empresarios. A su vez, por las mismas razones, ambos sujetos sociales han procesado una alteración en sus predisposiciones y comportamientos respecto a la izquierda política.

Pero el crecimiento electoral y los nuevos perfiles de la izquierda no constituyen el único factor explicativo de tal cambio. También los actores sociales en cuestión, han asistido a transformaciones que concurren a su profundización. La modificación de la relación de los sindicatos con la izquierda tiene fundamentos que escapan de lo estrictamente político y se vinculan más bien con cambios sociales y económicos que se vienen operando en el mundo capitalista. Hemos asistido en estos años a una transformación del sindicalismo que –al alterar las lógicas de la acción colecti-

va, los niveles de compromiso y organicidad, los apegos ideológicos y los grados de politización– confluye hacia la redefinición de sus relaciones con los partidos políticos y con los empresarios y sus organizaciones representativas. Esto modificó particularmente la relación de los sindicatos con la izquierda política, determinando un vuelco importante de las pautas históricas de ensamble entre la izquierda y el movimiento sindical.²³

Esa relación funcionaba dentro de un esquema económico, social y político que hoy se ha modificado sustantivamente, afectando particularmente la capacidad de movilización y las modalidades de negociación laboral, recortando los márgenes de maniobra de los sindicatos. De este proceso ha resultado la mayor autonomía del movimiento sindical respecto a la izquierda política y también una mayor propensión a la negociación y el acuerdo con el empresariado. Por ello, la nueva relación Frente Amplio-sindicatos no se explica únicamente por el cambio en los comportamientos de aquél, sino que se entrelaza con las modificaciones experimentadas por éstos.

INSTITUCIONALIZACIÓN PARTIDARIA Y TRADICIONALIZACIÓN IDENTITARIA

En estos años se han producido otros dos fenómenos que, junto con la moderación que consideramos en el numeral anterior y la democratización que abordamos en el siguiente, completan el panorama de la renovación de la izquierda: la institu-

²² *Ibid.*, p. 44.

²³ Propias de lo que Jorge Lanzaro ha denominado como la “adscripción corporativa” de la izquierda al sistema político uruguayo. Lanzaro, “Frente”, 2000.

cionalización partidaria y la tradicionalización de la identidad del FA.

Por institucionalización partidaria entendemos el proceso por el cual el FA ha dejado de ser una coalición político-electoral, un “frente de partidos”, para convertirse en un “partido” propiamente dicho. Las identidades de cada uno de los partidos y grupos que los constituyen continúan siendo significativas, pero lo son en tanto fracciones del partido frenteamplista.

Fundado en febrero de 1971 como una coalición de partidos y grupos de izquierda social-cristianos y sectores escindidos de los “partidos tradicionales”, el FA se configuró, mediante el uso del Doble Voto Simultáneo,²⁴ como una alianza electoral asentada en un “compromiso político” y en un “acuerdo programático” que le daban fundamento al primero. Al mismo tiempo, la coalición de partidos y grupos fundadores convocaron a la formación de un movimiento político común (propiamente frenteamplista) que supe-

²⁴ El Doble Voto Simultáneo es un dispositivo electoral de voto intrapartidario que permite al elector realizar su opción primero por un partido y luego, dentro del partido, por una de sus fracciones. Fue el mecanismo a través del cual los fragmentados partidos tradicionales uruguayos pudieron mantener sus respectivas identidades y comparecer a las elecciones, sin que ello impidiese la expresión electoral de sus numerosas corrientes internas. Por su parte, el FA utilizó este mecanismo para poder acumular los votos de los partidos que le dieron origen tras un único candidato presidencial, y al mismo tiempo permitir que cada uno de ellos recibiese sus propios votos para la elección de parlamentarios. Debe tenerse presente que en Uruguay las elecciones parlamentarias y presidenciales se realizan en forma simultánea y vinculante, por lo que el elector no tiene la opción de votar por partidos distintos al poder ejecutivo y al Parlamento.

rara los límites de la mera sumatoria de las partes convocantes. Ante la afluencia que dicha convocatoria encontró se creó un marco orgánico para dar estructura propia a ese movimiento. Por ello, desde la etapa fundacional, el FA fue una coalición de partidos y, al mismo tiempo, un movimiento político unificado.

Este segundo componente tuvo un gran desarrollo entre 1971 y 1973 y, mucho más, entre 1984 y 1999. El “frente-amplismo” se constituyó así en una entidad política consistente por sí misma, más allá incluso de la permanencia e importancia relativa de los partidos y agrupaciones políticas que participaron en su génesis. Visto en perspectiva histórica, ese proceso evidencia el tránsito desde la coalición y movimiento originarios hacia la actual configuración del FA como partido político. Al mismo tiempo se produjo la conversión de los partidos que fundaron la coalición y convocaron al movimiento o se integraron luego en fracciones dentro del partido frenteamplista. Esto se sostiene más allá del hecho, irrelevante para el argumento en cuestión, de que por razones históricas, tradicionales o incluso ideológicas algunas de estas fracciones mantienen sus viejas denominaciones de “partido”.²⁵

La estructura organizativa del Frente Amplio ha ido variando a lo largo de sus 33 años. El estudio de sus estatutos (aprobados en 1971 y modificados en 1986 y

²⁵ Tal es el caso de los siguientes “partidos” que actualmente son fracciones o incluso subfracciones del partido Frente Amplio: Partido Socialista de Uruguay (PSU), Partido Comunista de Uruguay (PCU), Por la Victoria del Pueblo (PVP), Partido Obrero Revolucionario (POR) y Partido Socialista de los Trabajadores (PST).

1993) permite registrar cómo se ha ido modelando el organigrama que da forma a esa estructura y, al mismo tiempo, cómo se han ido definiendo las diversas instancias que intervienen en el proceso de toma y ejecución de decisiones y sus respectivas potestades.²⁶ La dirección se configura a partir de dos órganos principales, uno deliberante y otro ejecutivo: el Plenario Nacional y la Mesa Política, respectivamente. Otros dos organismos completan el nivel de dirección política, uno por debajo (el Congreso) y otro por arriba (la presidencia), por encima de los ya mencionados.

Además, el FA tiene una estructura de participación de sus miembros y militantes que se superpone y se vincula a la de dirección, configurando una pirámide organizativa densa y compleja. En la estructura de participación (un elemento distintivo del Frente Amplio dentro del sistema de partidos uruguayo), que se conecta en diversas instancias (Congreso, Plenario Nacional y Mesa Política) con la estructura de decisión, compartiendo esa potestad, se ubican los Comités de Base (territoriales y "funcionales"), las Coordinadoras Zonales de Montevideo y los Plenarios Departamentales de los otros 18 departa-

²⁶ Más allá de los estatutos partidarios, la reforma constitucional de 1996 introdujo algunas novedades que están produciendo cambios en las modalidades de funcionamiento y las lógicas de competencia intrapartidaria. En este sentido, los elementos más importantes estipulados en la reforma son la realización de elecciones internas obligatorias y simultáneas en todos los partidos, la elección (en la instancia antedicha) e instalación de las convenciones partidarias nacionales y departamentales, la imposición de la candidatura única presidencial por partido (electa también en la instancia antes mencionada) y la no simultaneidad de las elecciones municipales respecto a las nacionales.

mentos en que se divide territorial y administrativamente el Estado uruguayo.

La integración y forma de elección de los organismos de dirección también ha ido cambiando en las diversas formulaciones estatutarias. En el caso del Plenario Nacional, en sus orígenes se integraba básicamente con los representantes de las diversas fuerzas políticas que conformaban la coalición. La reforma estatutaria de 1986 incluyó a representantes de las "bases" (a través de delegados de las diversas instancias de la estructura de participación), constituyendo éstos 30% del total de integrantes del Plenario Nacional, mientras el otro 70% continuaban siendo representantes de los partidos y grupos coaligados. Una segunda reforma estatutaria (1993) amplió 50% la representación de las "bases" en el Plenario Nacional, reduciendo así 50% la participación directa de los partidos.

Esta evolución refleja dos fenómenos diversos y complementarios. Uno es la impronta "militante" del FA. Más allá de la forma concreta que asume la elección de los delegados en los ámbitos de conducción,²⁷ hay una incidencia creciente de la estructura de participación de los miembros en el ámbito de dirección política. El otro fenómeno vinculado a este proceso es el ya señalado tránsito de la coalición al partido frenteamplista, ya que se fortalece la estructura propia del FA, como tal, absorbiendo a las de los partidos y grupos componentes. Al mismo tiempo, tienen peso creciente las instancias de participa-

²⁷ Combina una elección restringida, en "asamblea de Comité de Base", para el caso del Congreso con una modalidad de elecciones abiertas con afiliación al momento para el caso de los delegados partidarios y de las bases ante el Plenario Nacional.

ción propiamente frenteamplistas, aquellas que se crearon para dar cauce al movimiento y que se fueron desarrollando al punto de invadir el ámbito de dirección inicialmente reservado a los componentes de la coalición fundacional y de algunos dirigentes independientes.

El peso de esa concepción militante de la participación y la organización ha sido una marca distintiva de la izquierda y juega no sólo como componente del modelo organizativo, sino también como parte de la identidad frenteamplista. Las siguientes afirmaciones de Líber Seregni, realizadas en algún momento del periodo fundacional, son ilustrativas del peso que desde el comienzo se asignó a la concepción militante en esa doble condición de impronta organizativa y marca identitaria:

el FA encarna una nueva concepción de la vida política [...] porque los militantes populares [...] no participaban [...] de esa concepción que proclama la derecha, según la cual el único acto político del ciudadano deber ser el voto [...] ¡No! [...] Cada militante frenteamplista es un político y así debe ser [...] Porque atribuimos al pueblo [...] el papel protagónico en el proceso histórico, es necesario consolidar y extender la acción los Comités de Base [...] Una de las características fundamentales que diferencian al Frente de los viejos lemas tradicionales es la movilización popular de que es capaz; hay en nuestro Frente una menor diferencia entre su militancia y su electorado. En realidad, todos o casi todos nuestros electores son militantes de nuestro Frente.²⁸

Más allá de la exageración evidente de la última frase, la cita de Seregni es con-

²⁸ Wettstein, *Autoridad*, 1984, pp. 20-38.

tundente y demostrativa del fenómeno señalado. El compromiso y la militancia política fueron elementos centrales de la prédica y la identidad frenteamplista desde el periodo fundacional. Era presentada como parte esencial de una forma novedosa y distintiva de hacer política y señalada como uno de los valores que distinguían al FA respecto a los partidos tradicionales. Los Comités de Base, contrapuestos a los “clubes” de blancos y colorados, fueron el campo de experimentación de esta concepción. Su auge en 1971-1973 fue a su vez estímulo para su sostenimiento y promoción.

En los años ochenta y noventa, al tiempo que se completaba el montaje de la densa estructura común constituyéndose, como organización, el partido frenteamplista, se fue institucionalizando la incidencia de las estructuras de participación —ya existentes desde el periodo fundacional— en el ámbito de dirección política. Paradójicamente, mientras esto sucedía a nivel formal estatutario, en los años noventa la participación real de la militancia descendió notablemente provocando un vaciamiento de estas instancias. La combinación de ambos fenómenos —el creciente peso de las estructura de participación de base en los órganos de decisión y su vaciamiento— terminó generando efectos no buscados. El más evidente de ellos es el problema de la doble representación de las fracciones en la dirección del FA, a través de sus propios representantes, por un lado, y de los representantes de los órganos de base, por otro. Esta situación se ha producido puesto que la reducción de la participación de los miembros en las instancias de base del FA facilitó su control por parte de las fracciones con estructuras militantes más extensas y consistentes.

La “crisis de participación”, que afectó a lo largo de los años noventa a los partidos políticos, en particular a la izquierda y a los movimientos sociales, estimuló la revisión de las concepciones y prácticas organizativas y de las formas de vinculación de los distintos miembros. El nuevo enfoque resultante es más flexible y adaptativo a situaciones diversas, sin por ello romper totalmente con la concepción originaria. Sin abandonar el énfasis en el valor de la militancia, comenzó a admitirse la posibilidad de otras formas de participación según diferentes niveles de compromiso y colaboración, desde la dedicación total del militante “profesional” hasta la adhesión electoral del simpatizante.

Otro aspecto del funcionamiento partidario en el que se han registrado cambios es el de los liderazgos de izquierda. El FA supo tener en la materia una particularidad que se ha visto cuestionada en estos últimos años al producirse la transición desde un liderazgo único y consensual en torno a la figura independiente de Líber Seregni, a una situación de competencia confrontativa entre liderazgos de origen o base fraccional. Los liderazgos de Tabaré Vázquez y Danilo Astori, aunque con matices importantes,²⁹ trascen-

²⁹ Tabaré Vázquez era un dirigente de “bajo perfil” del Partido Socialista antes de su emergencia como líder frenteamplista. Integrabá su Comité Central aunque no era ni un dirigente activo en la vida interna del PS ni una figura política con proyección pública. Desde el ejercicio del cargo de intendente de Montevideo a partir de 1990 se constituyó en el relevo de Seregni para el liderazgo del FA. Por su parte, Danilo Astori construyó su liderazgo como figura frenteamplista independiente para luego crear en 1994 su propia fracción, perdiendo entonces aquel carácter y volviéndose, a diferencia de Vázquez, un líder de fracción.

dieron ampliamente las fronteras de sus propias fracciones y se proyectaron como figuras que arrastran apoyos diversos dentro y fuera del Frente Amplio. En este sentido son distintos del tipo de liderazgos de los partidos tradicionales, puesto que en éstos no existen los líderes partidarios propiamente dichos, sino líderes de fracción que, según los pesos relativos de éstas, adquieren el apoyo mayoritario dentro del partido. En el caso de Astori esta capacidad articuladora de apoyos mucho más allá del de su propia fracción se fue diluyendo en el correr de la competencia con Vázquez hasta quedar a partir de 1999 como un líder casi exclusivamente fraccional.

Este cambio hacia un escenario de confrontación competitiva entre liderazgos internos constituye una situación nueva para la izquierda.³⁰ El Frente Amplio se caracterizaba por su fuerte cohesión interna, con una forma de relacionamiento entre fracciones que priorizaba y valoraba altamente la unidad de acción y la disciplina partidaria. Esto hacía que la competencia interfaccional quedara rígidamente limitada, dando lugar a una dinámica de funcionamiento cerrada, donde el diseño era visto como debilidad y la indisciplina era fuertemente castigada.

La fractura de 1989 (la escisión del Partido Demócrata Cristiano y el Partido por el Gobierno del Pueblo) y el proceso que la gestó fue un primer golpe a esta matriz unitaria y cohesiva del FA, aunque al mismo tiempo la confirmó: al terminar con la salida de los disidentes se reafirmó

³⁰ Aunque ya había tenido un anuncio en la emergencia del liderazgo de Hugo Batalla, el principal dirigente del PGR, primero complementario y luego enfrentado al de Líber Seregni, entre 1984 y 1989.

la imposibilidad de introducir la competencia interna abierta como modalidad habitual de funcionamiento. Diez años después, la forma en que se procesó el enfrentamiento entre Tabaré Vázquez y Danilo Astori en la definición de la candidatura presidencial del FA para las elecciones nacionales de 1999 vino a confirmar la instalación de esa nueva modalidad en la dinámica interna de la izquierda. El disenso fue reconocido e institucionalizado, al tiempo que se aplicaban las nuevas reglas constitucionales que impusieron las elecciones internas obligatorias en todos los partidos.

En resumen, a lo largo de este repaso de los diversos aspectos organizativos de la trayectoria del FA se han señalado varios cambios. En primer lugar, el proceso de institucionalización partidaria: el FA ha adquirido una organización y un funcionamiento propios de un partido que aloja como fracciones a los partidos y grupos originalmente coaligados y los que se sumaron en el proceso.

En segundo lugar, en el proceso de constitución en partido se completó una densa estructura interna que combina y entrelaza las instancias de dirección con las de participación de los miembros, asignando a estas últimas un creciente peso dentro de las primeras, en lo que constituye una nota distintiva dentro del sistema de partidos uruguayo. En los noventa, la izquierda se vio afectada por la "crisis de militancia". Esto indujo la revisión de los criterios organizativos y especialmente de las formas de la participación y el compromiso político de los miembros, resultando de ello una respuesta adaptativa que, sin cambiar la estructura de participación y dirección montada ni abandonar la alta valoración del com-

promiso y la acción militante, flexibilizó los requerimientos y exigencias admitiendo grados diversos y decrecientes de membresía y participación partidaria.

En tercer lugar, el relevo de Seregni por Vázquez supuso cambios en el liderazgo político dentro de la izquierda que se inscriben en una transformación mayor de la dinámica del funcionamiento y de las formas de la competencia intrapartidaria. Sin abandonar la fuerte propensión a la cohesión interna, la acción unitaria y la disciplina partidaria, el FA se ha ido aproximando a una forma de funcionamiento que admite márgenes de actuación fraccional y niveles de confrontación interna que antes hubieran sido inadmisibles y/o hubieran terminado en el disciplinamiento o en la fractura.

El otro fenómeno mencionado al comienzo de este apartado como complementario de la institucionalización partidaria, la "tradicionalización" identitaria, refiere a una nueva relación de la izquierda con la tradición y a la construcción de una tradición frenteamplista que, fuertemente centrada en una particular interpretación del pasado nacional, se constituye en uno de los elementos centrales de su identidad partidaria, al tiempo que los componentes programáticos e ideológicos de la misma se reformulan.

Como "tradicción inventada" se refiere a un conjunto de prácticas presentes que implican una continuidad, deliberada y selectiva, con el pasado.³¹ Se trata en este caso de la "invención" de una tradición de la izquierda uruguaya que, basada en una cierta lectura del pasado, legítima comportamientos políticos actuales y refuerza el sentimiento de pertenencia a la

³¹ Hobsbawm y Ranger, *Invention*, 1984.

colectividad partidaria, a través de referencias, conmemoraciones y prácticas de carácter simbólico y ritual.

Este fenómeno supuso un cambio importante en la relación de la izquierda uruguaya con el tradicionalismo político. Sus organizaciones habían tenido, en general, una postura de rechazo frente a buena parte de la tradición política nacional (asociada a la construcción y supervivencia de la “democracia burguesa” a superar), así como frente a las tradiciones de los partidos Nacional y Colorado (vistas como sustentos irracionales de organizaciones sin fundamentos ideológico-programáticos). El discurso de la izquierda anterior a 1973 da muestras permanentes del uso descalificante del adjetivo “tradicional”. La izquierda se autopercibía como la superación del tradicionalismo político en Uruguay, representado por los partidos tradicionales.

A partir de la democratización, se planteó radicalmente aquella visión negativa de la tradición. No sólo se elaboró una tradición política propia, sino que se hace de ella un uso intensivo como recurso relevante tanto de la identificación y cohesión partidaria, como de la acción política y su legitimación.

Esta “tradicionalización” tiene un componente espontáneo: la acumulación de una peripecia histórica propia. El Frente Amplio dispone ahora de una historia lo suficientemente extensa como para albergar un conjunto de acontecimientos, personalidades, lugares y símbolos que constituyen una memoria partidaria disponible, un arsenal histórico propio. En este sentido, el pasado reciente desempeña, como veremos, un papel relevante dentro de la configuración de una tradición política propia.

Pero además de esta espontánea acumulación de una historia partidaria lo suficientemente extensa e intensa, se produjo una auténtica invención de tradición: la deliberada construcción de una tradición frenteamplista a partir de esa historia vivida y de un reposicionamiento frente a la historia nacional y las tradiciones políticas que alberga.

Se trata de una acción política conveniente y exitosa que fijó raíces propias en el pasado nacional. La izquierda obtuvo así varios recursos políticos: una fuerte cohesión interna, una remarcada diferenciación respecto a “los otros”, una imbricación simbólica y concreta con la sociedad y la política nacional que le permitió romper más plenamente con los vestigios de la vieja ajenidad nacional de una izquierda fuertemente internacionalista, que en los hechos ya había superado dada la importante integración de la izquierda al sistema político uruguayo.

La relectura del pasado nacional desde la izquierda terminó ubicando al Frente Amplio como el continuador histórico de dos grandes proyectos frustrados de transformación económica y social ubicados en los comienzos del siglo XIX uno (la revolución artiguista, 1811-1820),³² y en los del siglo XX el otro (el reformis-

³² José Artigas fue el caudillo que lideró el alzamiento armado contra el dominio español iniciado en la Banda Oriental del Río de la Plata hacia 1811. La revolución que encabezó adquirió hacia 1815 las características de un movimiento popular con un programa democrático-republicano y de transformación económica y social que trascendió largamente el motivo inicial del estallido revolucionario. Tras la invasión del ejército portugués en 1816 fue finalmente derrotado en 1820 por una vasta conjunción de intereses de dentro y fuera de la Provincia Oriental, tras lo cual se exilió en Paraguay donde falleció en 1850.

mo batllista, 1903-1916).³³ Ambos son “rescatados” en tanto proyectos inconclusos, con lo que la izquierda se identifica y se postula a sí misma como la fuerza política que retoma sus postulados para concretarlos y completar de esa forma esas experiencias truncadas.

La izquierda define convenientemente su lugar en la historia retomando, en el primer caso, un componente de la tradición nacional, y apropiándose, en el segundo, de un elemento central de la tradición del Partido Colorado. Esta operación histórica se completa con la incorporación de algunas tradiciones del Partido Nacional en sus vetas nacionalistas y democráticas.

El resultado es una izquierda frente-amplista que se promociona como síntesis superior de las “mejores tradiciones nacionales”, abandonada por blancos y colorados y que define su “tarea histórica” como realización de los grandes proyectos frustrados de transformación del país.

A ello debe agregarse el lugar que el pasado reciente ocupa dentro de esa reconstrucción histórica y, en particular, en la forja de una tradición partidaria propia.

³³ José Batlle y Ordóñez —presidente de la república en dos oportunidades (1903-1907 y 1911-1915)— fundó un nuevo movimiento político que renovó al viejo Partido Colorado, dotándolo de un programa de reformas económicas y sociales, el cual pudo concretar parcialmente desde el gobierno, en particular durante su segunda presidencia. Sin embargo, a partir de 1916, aunque el “batllismo” siguió siendo una fuerza política relevante en los distintos gobiernos que se sucedieron, el fuerte impulso reformista que había desplegado hasta entonces se detuvo frente a la gran resistencia desplegada por las fuerzas sociales y políticas conservadoras. Batlle y Ordóñez continuó siendo el principal líder colorado hasta su muerte en 1929.

Se trata de la experiencia del periodo de la crisis que culminó con la caída de la democracia (1968-1973) y de la época de persecución dictatorial (1973-1984).

Esta experiencia dio lugar a una epopeya de tono fuertemente épico y heroico. El enfrentamiento al poder autoritario dejó una larga lista de mártires que configuraran para el Frente Amplio una tradición propia de similar fundamento que aquellas que habían acuñado en el siglo XIX los partidos tradicionales uruguayos. Como bien se ha señalado, el Frente Amplio es hoy el único partido que ostenta el estatus de una “divisa”, entendida como un universo simbólico que remite, en palabras del historiador uruguayo Alberto Methol Ferré, a una “comunidad de sangre”, o sea, el sentimiento de pertenencia a una colectividad política que se asienta en una experiencia asociada a la violencia política y, más concretamente, a hechos de sangre.³⁴

Así se generó una especial mística frente-amplista, un componente emotivo y simbólico que cuando es convocado agrega cohesión a la fuerza política, reforzando el sentimiento de pertenencia y de unidad por sobre la diversidad. En particular, la resistencia a la dictadura militar y el tremendo costo humano pagado por la izquierda perseguida fueron incorporados como un legado político propio, que agregado a los elementos antes señalados (provenientes del pasado nacional y de las tradiciones partidarias ajenas) terminó de conformar una tradición frente-amplista reforzada por sucesos del pasado reciente.

Recapitulando: desde 1971, y especialmente desde 1984, la izquierda uruguaya procesó una transformación rele-

³⁴ Methol, “Elección”, 1994.

vante en su relación con las tradiciones políticas. Incorporó el tradicionalismo al mismo tiempo que procesó la revisión de sus referencias ideológicas, sus formulaciones programáticas y sus relaciones con el sindicalismo, consideradas en el apartado anterior.

Si la moderación de la izquierda acortó la distancia que la separaba a los partidos tradicionales, al mismo tiempo esta izquierda moderada en que se ha transformado el Frente Amplio consolidó su identidad partidaria preservando, aunque reformulados, algunos sesgos ideológicos, programáticos y sociales que le eran distintivos e incorporando un fuerte componente tradicional.

IZQUIERDA Y DEMOCRACIA

Diversos factores confluyeron en la segunda mitad de los años ochenta para ambientar un cambio de gran importancia en las concepciones y prácticas políticas de la izquierda uruguaya: la incorporación de la democracia como valor y como principio de acción.

La reubicación respecto al pasado y las tradiciones políticas nacionales, la revisión de sus referencias ideológicas, el fracaso de la "vía armada", la crisis y el derrumbe de los regímenes comunistas europeos, la propia experiencia del autoritarismo dictatorial instalado en Uruguay entre 1973 y 1985 ambientaron el abandono de la concepción instrumental de la democracia y su revalorización como un fin en sí mismo por parte de la izquierda.³⁵

³⁵ Cada uno de estos factores impacta de manera diferente sobre los diversos componentes del FA, pero convergen en producir el mismo efecto: la revaloriza-

¿Qué interpretación y valoración hace la izquierda uruguaya de las reglas de juego democráticas y de su desempeño específico en el caso uruguayo, qué reconstrucción hace del desarrollo institucional del país y cómo se posiciona frente al mismo? Esta pregunta interroga sobre dos aspectos parciales del posicionamiento más general del Frente Amplio respecto a la historia política uruguaya: la tradición democrática y la tradición institucional del país. En este sentido, existe un defasaje entre, por un lado, el largo trecho que el Frente Amplio ha recorrido en el camino de la asimilación de la concepción democrática y, por otro, la escasa reflexión específica en torno a la cuestión institucional.

La relación de la *democracia* con la *revolución* y el *socialismo*, dos conceptos fuertes que constituían parte esencial del pa-

ción de la democracia. Por ejemplo, uno de los casos más representativos de este fenómeno es el del Movimiento de Liberación Nacional –“Tupamaros” (MLN-T). Esta organización guerrillera surgida a inicios de los años sesenta y derrotada en 1972 se integró en 1985 a la vida legal renunciando a la lucha armada. Desde 1989 participa de las elecciones y ocupa un número creciente de bancas en el Parlamento. Es hoy una de las principales fracciones del FA y se posiciona en este momento como la que podría obtener la mayoría relativa del electorado de este partido. En su caso, es el (su) fracaso de la "vía armada" el factor fundamental que incentivó su reconversión democrática. En otros, como el Partido Socialista y el Partido Comunista, que tenían una larga tradición de integración a las instituciones democráticas pero lo habían hecho desde presupuestos ideológicos leninistas (el PCU siempre, el PSU desde su renovación de los años sesenta) que renegaban del valor *per se* de la democracia política, son otros los factores que inciden más fuertemente en esa dirección, en particular la caída del socialismo real y la crisis y revisión del paradigma marxista.

radigma y la prédica de la izquierda, se ha invertido. En su orden de prioridades se privilegiaba la ruptura revolucionaria, el cambio profundo de las estructuras económico-sociales y políticas. Entre el cambio y la preservación de la democracia, en términos generales, se privilegiaba el cambio. La democracia (“burguesa”, “formal”) era concebida como medio para la transformación orientada hacia la meta socialista. Como parte de la renovación de las concepciones políticas de la izquierda en los años ochenta y noventa, la democracia se volvió un fin que no puede separarse del cambio. Éste, lo mismo que el socialismo, ya no se concibe ni analítica ni estratégicamente disociado de su carácter democrático.³⁶

La experiencia del autoritarismo estimuló la revisión crítica del propio pasado, con un fuerte tono de balance autocrítico que buscaba las causas de la “derrota” (en algunos casos militar, en todos política), así como la revisión de las formulaciones teóricas y de las estrategias y tácticas políticas. En ese marco la cuestión democrática se constituyó en un tema prioritario con una visión radicalmente distinta a la del pasado. El FA asumió explícitamente este viraje de la consideración instrumen-

³⁶ Como sucede con otros asuntos considerados en este trabajo, la revalorización de la democracia política no es un fenómeno exclusivamente uruguayo, sino que se enmarca en un contexto latinoamericano en el que buena parte de los partidos y movimientos de izquierda se orientan en el mismo sentido. En este sentido son elocuentes los pronunciamientos del Foro de San Pablo, instancia que, convocada originalmente en 1990 por el PT de Brasil, reúne periódicamente a gran parte de la izquierda y centro-izquierda latinoamericana, desde el PCC cubano hasta el PRD mexicano.

tal de la democracia a una concepción finalista:

Para el Frente Amplio la profundización de la democracia es un fin en sí mismo, ya que supone consolidar un estilo de vida en el que deben confluír simultáneamente la libertad, la justicia social y la participación efectiva de la población.³⁷

En cambio la “revolución”, pieza clave del discurso y las concepciones de la izquierda, casi ha desaparecido de su lenguaje, además de haberse resignificado desde la asimilación de la democracia: la revolución no se limita a la transformación socialista de la economía y la sociedad, sino que se asocia además a la profundización de la democracia política.

La relación entre democracia y socialismo se redefinió vinculando fuertemente ambos conceptos de forma tal que terminó produciéndose, en los avances más radicales de esta reformulación, una inversión completa: la democracia no sería un camino hacia el socialismo, sino que por el contrario, el socialismo sería un camino hacia la democracia, colocando en el horizonte utópico de la izquierda a la “democracia socialista” más que al “socialismo democrático”.³⁸

³⁷ “Plataforma electoral y plan de gobierno”, Congreso Extraordinario del Frente Amplio, julio de 1994, p. 16.

³⁸ Las siguientes afirmaciones del senador frenteamplista Enrique Rubio son un claro ejemplo de este extremo: “Así como el socialismo fue, en las condiciones del siglo XIX, una profundización de la revolución democrática iniciada en el siglo XVII, creo que la revolución democrática, en las condiciones del siglo XXI, será el alma y la reconstrucción creadora de la lucha por el socialismo desplegada en el siglo XX.” Harnecker, *Frente*, 1991, vol. IV, p. 48. “La veta de-

Esta asimilación de la democracia supuso, en la teoría y en la práctica, la aceptación y sumisión al conjunto de procedimientos y reglas de la competencia política democrática. Entre ellos: el abandono de la “vía armada” y la adopción exclusiva de la vía electoral, la aceptación plena del pluralismo político y la alternancia entre el gobierno y la oposición, y la asunción de la incertidumbre política que ello supone.

Asumir plenamente y sin condicionamientos la vía electoral como el camino propiamente democrático para dirimir la lucha política es una incorporación que se ha ido consolidando a lo largo de la historia de la izquierda frenteamplista.

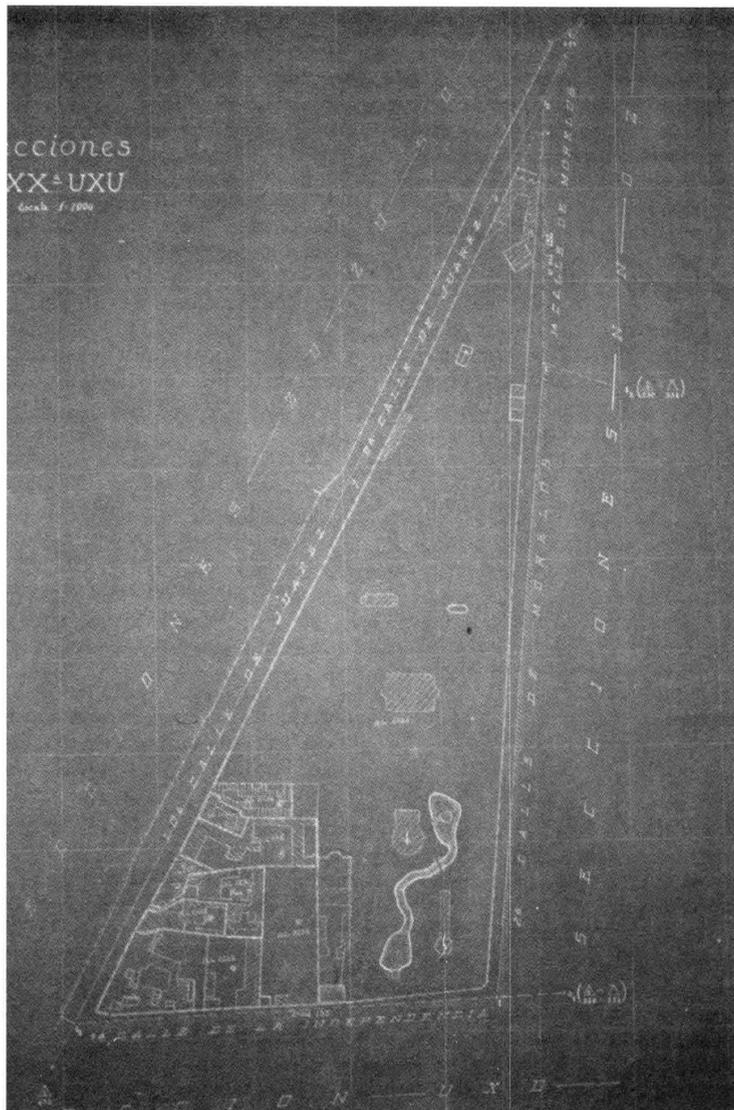
mocrática [...] se ha profundizado en sentido social. Es la corriente más vigorosa a la que debemos apostar. El socialismo [...] es un proyecto posible, pero en dirección a una utopía democrática que es la que tendrá mayor fuerza dinamizadora.” Wettstein, *Frente*, 1993, vol. 1, p. 53. En la misma orientación, veamos unas líneas tomadas de un documento del Partido Comunista hacia 1989: “El socialismo es la realización plena de la democracia, tanto como la democracia plena significa el socialismo realizado. Esto nos lleva a pensar y a asumir la democracia no sólo desde nuestro ideal finalista [...] El centro de definición programático y estratégico del PCU en este XXII Congreso es la democracia [...] Ello no significa un desplazamiento de la identidad del Partido del socialismo a la democracia [...] Al avanzar en la elaboración de nuestras concepciones y teoría sobre la democracia, estamos al mismo tiempo adentrándonos en contenidos concretos de nuestro proyecto futuro de sociedad socialista [...] El socialismo es y debe ser una forma superior de democracia y de humanismo.” “Reflexión”, 1989. Tratándose de una organización que mantenía su definición marxista-leninista era plenamente tributaria de la concepción instrumental de la democracia formal “burguesa”. Sin embargo, la renovación que al respecto refleja esta cita es una confirmación del cambio en la concepción democrática de la izquierda.

Esa premisa democrática, hoy fuera de la discusión, fue en el pasado (especialmente en los años sesenta y setenta) motivo de intensa polémica en el marco del debate sobre “las vías de la revolución”. En el caso uruguayo, la electoralización, teórica y práctica, de la izquierda se produjo como incorporación simultánea de la teoría democrática y de la tradición política nacional.³⁹

Otra faceta relevante de esta revalorización y revisión de la democracia es la aceptación de la incertidumbre política, en particular de la alternancia de los partidos en el gobierno y de la oposición, propia de todo sistema político competitivo. Ello implicó el abandono de una pretensión que implícita o explícitamente estaba presente en las formulaciones de la izquierda, según la cual una vez tomado el poder, el ejercicio del gobierno por parte de la izquierda sería casi permanente bajo el supuesto de que el pueblo ya no volvería atrás para apoyar otras opciones políticas. Asumir plenamente las reglas del juego democrático, entre ellas la comparecencia electoral periódica de resultado incierto, supuso el abandono de esta idea y la aceptación plena de las nociones de alternancia e incertidumbre propias de la política democrática.⁴⁰

³⁹ En palabras de Hugo Cores (dirigente del Partido por la Victoria del Pueblo, una fracción menor del FA de orígenes anarquistas): “las elecciones son una instancia de anudamiento político importante en Uruguay, que ninguna fuerza que aspire a influir ampliamente en la sociedad puede negarse a reconocer. Esto tiene mucho que ver con las tradiciones del país y de su sistema político”. Harnecker, *Frente*, 1991, vol. IV, p. 61.

⁴⁰ A propósito de esto, Reinaldo Gargano (senador y actual presidente del Partido Socialista del FA) confesaba años atrás que “ser partidario de un socialis-



Sin embargo, esta aceptación de la incertidumbre intrínseca de la democracia puede ser incompatible con la identificación democracia-socialismo. Más arriba se señaló cuánto de democratizador del pensamiento político de la izquierda tiene esta asociación, dado que no se admitirían formas autoritarias de socialismo, sacrificios de la democracia en aras del socialismo. Pero al mismo tiempo, esta asociación es problemática ya que si democracia es socialismo, entonces llevando al extremo el planteo, no se admitirían como auténticamente democráticas otras formas de organización socioeconómica que las socialistas. ¿Cómo se compatibiliza esta restricción de la “verdadera democracia” al socialismo con la admisión de la incertidumbre política que la democracia supone? Aquí puede señalarse un problema, un punto no completamente resuelto en la revalorización democrática de la izquierda.

Por otra parte, la centralidad adquirida por la cuestión democrática no se ha visto acompañada por una similar valoración de la problemática institucional, de la expresión institucional concreta de la democracia uruguaya. Sobre la base de esta distinción, cabe indicar que la “democratización” de la izquierda uruguaya, en tanto incorporación plena de la democracia como principio y realidad, es un proceso inconcluso.

La teoría democrática se realiza empíricamente en un cierto diseño institucio-

mo democrático es admitir que pueda haber alternancia del gobierno, es decir, que de llegar la izquierda al gobierno la ciudadanía puede decidir sacarla. La izquierda uruguaya nunca antes había dicho eso; y lo tiene que decir.” Wettstein, *Frente*, 1993, vol. III, p. 257.

nal y en la acción, e interacción, que en su seno desenvuelven los agentes políticos y la ciudadanía. A través de las instituciones políticas y de las reglas que establecen, los principios democráticos se realizan en la vida pública de la comunidad. Las pautas del diseño institucional, que en general se define constitucionalmente, y los incentivos y condicionamientos que impone a los actores políticos encauzan el funcionamiento y el rendimiento de la democracia realmente existente.

Al respecto, resaltando las implicancias pragmáticas de esta evaluación del papel de las instituciones políticas, Giovanni Sartori señala que

Es claro que instituciones y constituciones no pueden hacer milagros. Pero difícil será que tengamos buenos gobiernos sin buenos instrumentos de gobierno. Entonces, ¿por qué hemos de prestar tan poca atención a la forma en que funcionan o no funcionan las estructuras políticas [...] si se las puede mejorar?⁴¹

La democracia, como teoría y como armado institucional, es un producto histórico en el que ambos aspectos se interactúan. Por un lado, es resultado de la reflexión sobre la política, que a su vez se inspira en ella. Por otro, es resultado del proceso mismo de diseño y funcionamiento de las instituciones políticas, las cuales se construyen y reformulan con base en las formulaciones teóricas y a la acumulación de aprendizajes por parte de los actores, alimentando a su vez los diagnósticos, las reflexiones, la teorización de la democracia.

⁴¹ Sartori, *Ingeniería*, 1994, p. 8.

La democracia uruguaya, su momento y su formato fundacional en el diseño institucional emergente de la reforma constitucional de 1917-1918, que a lo largo de 80 años fue actualizándose hasta su última modificación en 1996. La izquierda ha puesto poca atención en ese momento fundacional y el armado institucional entonces diseñado, aquel que regularía la vida política a lo largo de la mayor parte del siglo XX.

Su mirada y preocupaciones se han centrado en la evolución posterior de la institucionalidad en tres aspectos: el sistema electoral, la relación entre los poderes ejecutivo y legislativo y la relación entre los niveles nacional y departamental de gobierno. Sobre ellos la izquierda ha tenido un diagnóstico fuertemente crítico de: las “trampas electorales” tendientes a perpetuar el predominio blanco y colorado, la concentración de potestades y recursos en la rama ejecutiva del gobierno y la excesiva centralización en el ámbito nacional del gobierno en desmedro de las unidades subnacionales.

Más allá de estas evaluaciones críticas en los tres aspectos señalados, la izquierda no ha tenido una preocupación y atención privilegiada por estos asuntos, considerados más bien como cuestiones secundarias frente a la magnitud de las “tareas urgentes” y los “problemas de fondo” centrados en el área de las transformaciones económicas y sociales. No hay evidencia de un esfuerzo más o menos riguroso de análisis del tema de la institucionalidad democrática en su especificidad.

En el marco de la campaña plebiscitaria de 1996 en torno a la última reforma constitucional, la pobreza argumental de la izquierda y el cortoplacismo de los en-

foques confirman plenamente este señalamiento. Como mucho, se escucharon algunos tibios pronunciamientos en favor del parlamentarismo, más como declaración de intenciones ideales que como opción política a impulsar. En verdad, se confirmó en esa campaña algo que de todas formas ya era evidente: a pesar de sus críticas agudas al diseño vigente hasta 1996 la izquierda no tenía ninguna alternativa institucional.

En el documento programático aprobado en el Congreso del Frente Amplio reunido en 1998 se incluyó un capítulo específico dedicado al “fortalecimiento de la institucionalidad democrática”. En el mismo incluye cuatro puntos:

Apuesta a la descentralización y la participación, mayor equilibrio entre los tres poderes del Estado, defensa de la transparencia en la gestión administrativa, y democratización de los medios de comunicación y de la información.⁴²

Sin embargo, en el documento programático del EP-FA en 1999 la cuestión institucional no se explicita en su especificidad y relevancia. En el capítulo dedicado a la “democratización de la sociedad y el Estado” sólo se plantea el mejoramiento de la gestión estatal, el equilibrio de los poderes y, con mayor atención y desarrollo, la descentralización.

Esta relativa falta de “sensibilidad institucional”⁴³ de la izquierda uruguaya puede considerarse como un problema relativo al proceso de asimilación de la democracia como valor y como principio de acción. No cabría esperar un interés

⁴² “Grandes”, 1998.

⁴³ Pareja, “Instituciones”, 1996, p. 69.

específico por los problemas de la institucionalidad democrática de quien no tuviese antes una concepción democrática de la política. En este sentido, cabe anticipar que la izquierda uruguaya completará el proceso de asimilación de la democracia una vez que incorpore plenamente la cuestión institucional en su dimensión específica.

LA RENOVACIÓN DE LA IZQUIERDA Y SUS DESAFÍOS DE CARA AL GOBIERNO NACIONAL

El Frente Amplio, desde su fundación en 1971 y especialmente desde 1984, expandió constantemente las fronteras electorales de la izquierda uruguaya, hasta entonces reducida a insignificante minoría. En forma simultánea experimentó una importante renovación cuyas diversas manifestaciones pueden desagregarse, a los efectos analíticos, en cuatro dimensiones: institucionalización, moderación, tradicionalización y democratización.

La *institucionalización* partidaria del frenteamplismo, superando la configuración híbrida fundacional de coalición y movimiento, dio lugar a la constitución de una estructura y una identidad partidaria propiamente frenteamplista. Dentro de ésta conviven, como fracciones de partido, los diversos grupos fundadores de la coalición originaria y otros nuevos, incorporados al FA desde los otros partidos o nacidos en su propio seno. Aunque se vio afectado por la crisis de participación que mermó su distintivo caudal militante y llevó a revisar las formas de vinculación y adhesión de los miembros, el Frente Amplio profundizó uno de sus aspectos distintivos: la institucionalización orgá-

nica de la participación de sus afiliados en la toma de decisiones.

La *moderación* política se evidencia en la evolución del programa del FA, así como en la trayectoria de sus referencias ideológicas, lo mismo que el cambio en sus relaciones con el sindicalismo obrero. Como resultado de estos cambios, se redujo la distancia que separaba a la izquierda de los partidos tradicionales uruguayos. Sin embargo, este acercamiento no produjo un desdibujamiento del perfil propio de la izquierda, una confusión con los "otros", puesto que en esos mismos aspectos que evidencian su moderación (programa, ideología y vínculos con el sindicalismo) el Frente Amplio mantiene y cultiva una identidad política partidaria claramente diferenciada.

En lo programático, así como en el discurso político que lo proyecta, esta identidad está centrada en la apelación de tono "nacional" y "popular", en el carácter transformador del programa económico y social, que tiene en el crecimiento económico y el bienestar social sus elementos central, y en el papel protagónico asignado al Estado en el proceso económico. En lo ideológico, si bien se detectan cambios importantes (menor intensidad y mayor extensión ideológica), se confirma el predominio de una matriz ideológica socialista (aunque revisada), la cual combinada con los nuevos elementos incorporados ha dado lugar al difuso "progresismo" actual. En lo social, si bien la izquierda ha acentuado su convocatoria ciudadana y policlasista, y redefinido sus relaciones con el movimiento sindical, mantiene el énfasis "popular" y el tono igualitarista de su discurso, así como las relaciones privilegiadas con las organizaciones de los trabajadores. En resumen,

se han producido cambios que evidencian una importante moderación política del FA que le acercó a los partidos tradicionales, pero sin romper con los legados del pasado partidario ni cuestionar las bases de su identidad. Por el contrario, el FA ha logrado renovarse preservando la “personalidad” partidaria.

Ello ha sido posible no sólo porque se mantienen algunos de los rasgos distintivos del programa, la ideología, el discurso y las preferencias sociales de la izquierda, sino que además han operado en este sentido dos factores más. En primer lugar, la dinámica de la competencia política desde 1985 ha enfrentado a gobiernos blancos y colorados (asociados entre sí a través de coaliciones más o menos explícitas) con una oposición de izquierda en constante crecimiento. De esta forma, el sistema político uruguayo se haya rearticulado como un multipartidismo bipolar. Ello contribuyó a preservar la identidad del FA en tanto partido de oposición, por más que se haya aproximado al centro del espacio político.

En segundo lugar, la *tradicionalización* experimentada por el FA también contribuyó a consolidar la identidad partidaria fortaleciendo el sentimiento de pertenencia y adhesión de miembros y electores a partir de elementos que trascienden ampliamente a los derivados estrictamente del entendimiento racional.

El Frente Amplio desarrolló desde su fundación un proceso de progresiva incorporación del tradicionalismo político, construyendo un relato “conveniente” de la historia uruguayo, asimilando ciertas tradiciones de la historia política nacional, incluyendo parte de las tradiciones blanca y colorada, reconociendo y exaltando el propio pasado partidario, que es funda-

mentalmente el pasado reciente, el de las poco más de tres décadas de vida del propio FA como culminación de la ya centenaria presencia de la izquierda en el país.

Como resultado de una peculiar lectura de la historia uruguayo, el FA se auto-positionó como “síntesis de las mejores tradiciones nacionales” y definió “su lugar” en esa historia. Por otra parte, en la rememoración del pasado reciente (los años de la escalada autoritaria iniciada en 1968 que culminaron en la dictadura militar de 1973-1985) la izquierda se constituyó a sí misma como una colectividad política forjada en la lucha contra el autoritarismo, con todo lo que de épico y heroico se deriva de ello. El frenteamplismo llegó así a constituirse en la tercera “divisa” de la política uruguayo, con una intensidad que las otras dos (blanca y colorada) ya no ostentan.

Por último, como parte de este complejo proceso de renovación, se produjo la *democratización* de la izquierda. El abandono de la concepción instrumental de la democracia y su revalorización como un fin en sí mismo es un fenómeno que se confirma en estos años. La experiencia autoritaria incentivó la revisión de la vieja desvalorización de la democracia “formal” y dio lugar a su jerarquización. Aunque se trata de un proceso inconcluso, puesto que perdura cierta “insensibilidad institucional”, es indudable que la izquierda ha procesado esa incorporación de la democracia e inscribe sus concepciones y su acción política en el marco de sus reglas del juego.

El caso del Frente Amplio, cuyo recorrido en la política uruguayo contemporánea hemos registrado y analizado a lo largo de este artículo, no constituye una originalidad, mucho menos otra pieza de

un supuesto “excepcionalismo uruguayo” al que muchas veces se ha acudido para intentar explicar lo que la pereza comparativa no permite. Lamentablemente la producción académica sobre los partidos latinoamericanos es mucho menor que la existente para los casos europeos. Aunque se cuenta con estudios de caso aún no se cuenta con análisis y modelos de alcance general como los que existen para Europa Occidental. Por ello, por ahora debemos recurrir a esas elaboraciones cuando pretendemos ubicar nuestro caso en procesos más generales reconocibles en otros sistemas políticos. Observando la trayectoria de los grandes partidos de la izquierda, en particular los socialdemócratas, en la segunda mitad del siglo XX diversos estudiosos registraron y analizaron en los sistemas políticos europeos recorridos similares al que hemos abordado aquí. Aunque el intento de inscribir los casos latinoamericanos en los modelos formulados para los partidos europeos supone ciertos riesgos y su aplicación mecánica puede inducir a errores,⁴⁴ el ejercicio resulta útil, al menos para considerar un mapa de referencia teórica y para comparar el caso estudiado con algunos de sus similares europeos.

Otto Kirchheimer formuló en 1966 su caracterización de los partidos “agarra-todo”, que rebajan su ideología, su programa y su afinidad obrerista para captar apoyos en la mayor parte de los distintos componentes del electorado.⁴⁵ Años más tarde, Angelo Panebianco retomó esa tipificación, que red denominó como partidos “escoba” y la reformuló proponiendo una nueva tipología en la que incluía a lo que

llamó partido “profesional-electoral”, como producto de la transformación de los viejos partidos “burocráticos de masas” en máquinas electorales con una alta participación de los líderes y los profesionales de la comunicación política en la conducción partidaria.⁴⁶ Adam Przeworski y John Sprague formularon el “dilema electoral” del socialismo: una vez que los partidos socialdemócratas pretenden captar y retener las mayorías electorales necesarias para gobernar, deben elegir entre captar nuevos electores, poniendo en riesgo sus bases obreras tradicionales, o retener a estas resignándose al papel de oposición.

Los fenómenos considerados en este estudio permiten ubicar al Frente Amplio en los procesos de transición partidaria analizados por Kirchheimer y Panebianco, desde los partidos “de masas” o “burocráticos de masas” a los partidos “agarra-todo” o “profesional electoral”. Cuando se observan todas las dimensiones señaladas, es posible identificar al Frente Amplio en algún punto en esa transición sin que se corresponda exactamente con ninguno de los tipos polares propuestos por estos autores.

Otto Kirchheimer señaló la transformación de los viejos partidos de masas en un nuevo modelo de partido que denominó “agarra-todo” o “escoba”, aludiendo a la prioridad asignada al ensanchamiento del electorado como objetivo central. Entre las varias características entonces anotadas por Kirchheimer como propias de estos partidos “agarra-todo” hay algunas vinculadas con cuestiones organizativas y de funcionamiento que tienen directa relación con algunos de los

⁴⁴ Levitsky, “Inside”, 2001.

⁴⁵ Kirchheimer, “Transformation”, 1996.

⁴⁶ Panebianco, *Modelli*, 1982.

temas aquí analizados: la disminución del peso político de los afiliados, el descaecimiento del papel de la militancia y el fortalecimiento del poder de los líderes. Al Frente Amplio, que efectivamente ha visto acrecentada su base de apoyo electoral en parte debido a una deliberada política “agarra-todo” de convocatoria amplia, parece relativamente posible encasillarlo en estas características enunciadas hace ya más de 30 años.

Desde el punto de vista estatutario, es decir con un criterio formal, las potestades de los afiliados y la importancia asignada a la participación militante se han profundizado. Sin embargo, la electoralización de la acción política de la izquierda y la aguda “crisis de militancia” han relativizado el efecto de estas ampliadas potestades estatutarias, por lo que podría inscribirse al Frente Amplio en la tendencia señalada por Kirchheimer. El fortalecimiento del papel de los líderes es plenamente verificable tanto en el caso de Líber Seregni como en el de su relevo Tabaré Vázquez.

Por otra parte, la apertura del Frente Amplio hacia el empresariado nacional y la autonomización del movimiento sindical son parte de la transformación creciente de esta fuerza política en el tipo de partido que Kirchheimer denominara “agarra-todo”. Precisamente, una de las modificaciones que este autor señalara como propias de la conversión de los partidos de masas europeos en partidos “escoba” era el abandono del anclaje clasista exclusivo y su sustitución por una convocatoria de tipo ciudadano policlasista. Este tipo de convocatoria de la izquierda no es nuevo, ni se inauguró con el Frente Amplio, pero se confirmó y profundiza en estos años.

En su reformulación del tipo de partido “agarra-todo” como partido “profesional electoral”, Angelo Panebianco incorporó algunos elementos útiles a los efectos de la caracterización del itinerario del Frente Amplio. Dejando de lado la cuestión —central en el análisis del autor— de los pesos relativos de burócratas y profesionales que no ha sido considerada en este estudio, tres características del partido “profesional electoral” que pueden cotejarse con algunos de los fenómenos aquí señalados: el carácter electoralista de la adhesión al partido y la debilidad de los lazos organizativos verticales, la preeminencia de los parlamentarios en la conducción y dirección, y el carácter personificado de ésta. En la caracterización de Panebianco estos rasgos se contraponen a los correspondientes al partido “burocrático de masas”: afiliación como vía privilegiada de la adhesión y fuertes lazos organizativos de tipo vertical, preeminencia de la dirección del partido en la conducción y carácter colegiado de la misma.

El cotejo de estos elementos con la evolución del FA no permiten identificarlo plenamente en el tipo de partido “profesional electoral” tal cual lo propone Panebianco, aunque sí es posible anotar algunas correspondencias que muestran una evolución en ese sentido. Es cierto que el Frente Amplio apela crecientemente a la adhesión exclusivamente electoral y que se han flexibilizado los lazos orgánicos de los miembros con la estructura. Es igualmente correcto que la bancada parlamentaria ha tomado una mayor importancia en la conducción política y que ésta adquiere en la figura de Vázquez un alto grado de personalización. Sin embargo, también es cierto que se mantienen la vinculación militante y la disciplina

partidaria como elementos que, flexibilizados, persisten y se promueven. La bancada parlamentaria no ha sustituido a los ámbitos estatutarios de decisión política, a los cuales además somete su actuación legislativa cuando se presentan asuntos de cierta relevancia. El carácter colegiado de los órganos de decisión superior convive con la emergencia de liderazgos fuertes. En los términos de Panebianco el Frente Amplio podría considerarse un partido en transformación que manteniendo aspectos esenciales del tipo "burocrático de masas" se acerca a características propias del "profesional electoral" sin que cumpla con todos lo requisitos para considerarlo como tal.

Las apuestas a la normalización de las relaciones con el empresariado y la redefinición de la vinculación con los sindicatos de trabajadores tienen clara relación con la estrategia posicionamiento político-electoral del FA y con su pretensión de validarse públicamente como actor con capacidades de gobierno. A su vez, la creciente expectativa del advenimiento de un gobierno frenteamplista modificó también las predisposiciones y comportamientos de trabajadores y empresarios hacia la izquierda política.

Sin embargo, el replanteo de la relación con el sindicalismo no supone una ruptura de la hermandad que la ha caracterizado, sino una redefinición de sus términos. La estrategia electoral del FA, si bien incorpora las pautas de un partido "agarra-todo" a partir de una convocatoria ciudadana policlasista, logra retener al electorado "obrero". En este sentido, la trayectoria electoral del FA no se corresponde con las tensiones que Przeworski y Sprague formalizaran en su "dilema electoral" de la socialdemocracia en relación

con la izquierda europea. Según estos autores, a medida que la izquierda crecía electoralmente y para ello pretendía captar al electorado de centro, debía abandonar el discurso de clase y poner de esa forma en riesgo su electorado obrero. En caso de optar por retenerlo se privaba de la posibilidad de alcanzar el gobierno.⁴⁷ Complementariamente, Kitschelt planteó que el corrimiento de la izquierda tradicional hacia el centro para ampliar su base electoral y/o prolongar su participación en el gobierno dejaba libre el espacio más a su izquierda, el cual daría lugar al surgimiento de retadores de "izquierda libertaria" que con una agenda programática desatendida por la socialdemocracia tenía posibilidades ciertas de disputarle el electorado de izquierda.⁴⁸

En el caso uruguayo, el FA habría escapado tanto al "dilema electoral" como al "reto de la izquierda libertaria", puesto que ha crecido electoralmente hacia el centro del espectro político, con una convocatoria policlasista, sin por ello romper con el electorado asociado al mundo del trabajo que le sigue siendo leal. En este sentido, los estudios de Luis Eduardo González,⁴⁹ a partir de encuestas de opinión pública, mostraban que, hacia la misma época en que Przeworski y Sprague formulaban su "dilema", en Uruguay los trabajadores sindicalizados votaban mayoritariamente a la izquierda. En los años siguientes, cuando se produce el gran despegue electoral del FA y por tanto en los términos del "dilema" hubiera esperado observar la ruptura, la misma no se ha producido. La fuerte inserción social y te-

⁴⁷ Przeworski y Sprague, *Paper*, 1986.

⁴⁸ Kitschelt, "Partidos", 1994.

⁴⁹ González, "Sindicatos", 1986.

ritorial del FA en las zonas obreras de Montevideo es el testimonio más claro de que no se ha producido la ruptura implícita en el "dilema electoral" formulado por Przeworski y Sprague en referencia a la socialdemocracia europea. Tampoco han surgido competidores de relevancia a la izquierda del FA que sigue alojando en su interior a la mayor parte de la izquierda, con fracciones que van desde la centro-izquierda hasta la extrema-izquierda.

Hoy el FA tiene un vasto electorado que se ha extendido a sectores sociales populares a los que no había logrado captar con anterioridad. Si el electorado tradicional de la izquierda se podía identificar con los trabajadores sindicalizados y los estratos de nivel socioeducativo medio y alto, en la actualidad, a estos sectores se han sumado las crecientes camadas de trabajadores excluidos del mercado de trabajo o reingresados al mismo en condiciones de informalidad, inestabilidad y precariedad elevadas, por efecto de los procesos de desindustrialización, informalización y flexibilización laboral. El "mapa electoral" de Montevideo, el mayor punto de concentración demográfica y, por lo tanto, electoral del país, evidencia cómo mientras que en 1971 el FA recibía la mayor parte de apoyo electoral en los "barrios obreros", en 1999 los mantenía y se había expandido a los "barrios periféricos" de la ciudad, donde habitan los sectores sociales empobrecidos en expansión y crecientemente marginados. Esto somete al FA a una tensión que deberá enfrentar cuanto más si alcanza el gobierno, puesto que se ha corrido ideológicamente hacia el centro, y al mismo tiempo ha captado el apoyo electoral de los sectores más empobrecidos, aquellos que por su propia naturaleza no tienen formas de organización

que permitan hacer oír su voz, agregar y transmitir sus demandas hacia el sistema político. Mientras tanto, el FA mantiene una vinculación privilegiada con los sindicatos de trabajadores, la expresión organizada de los sectores que tradicionalmente han apoyado a la izquierda, aunque hoy se encuentra muy debilitado, cuantitativa y cualitativamente, por los mismos fenómenos socioeconómicos mencionados al inicio de este párrafo.

El Frente Amplio (y sus sucesivas alianzas concéntricas: el Encuentro Progresista desde 1994, la Nueva Mayoría desde 2002) creció y se renovó a lo largo de sus 33 años de existencia y en particular desde 1984 a la fecha. Hoy se encuentra, literalmente, en las puertas del gobierno nacional. Muy probablemente, de concretarse lo que a esta altura (noviembre 2003) todos los actores y analistas consideran como inminente, el acceso del FA al gobierno consolidará, en sus diversas dimensiones, el proceso de renovación que se ha gestado desde su papel opositor y planteará a su vez nuevos desafíos que incentivarán otras transformaciones.

Entre ellos, en el terreno político-institucional, pueden anticiparse los siguientes desafíos a los que deberá enfrentarse un FA a cargo del gobierno uruguayo: ¿cómo adecuar la densa estructura interna y el complicado funcionamiento que ha emergido del proceso de institucionalización partidaria a las exigencias de ejecutividad y celeridad propios de la acción gubernativa?, ¿cómo institucionalizar las relaciones en curso de transformación con empresarios y sindicatos para construir acuerdos sociales sin por ello quedar prisionero de la acción corporativa, en particular teniendo en cuenta que algunos de sus apoyos sociales actuales son al mismo

tiempo los más necesitados y los que no tienen organizaciones a través de las que puedan transmitir y negociar sus demandas?, ¿cómo superar la confrontación sistemática con el conjunto de los actores políticos tradicionales para construir acuerdos políticos interpartidarios que amplíen la base de apoyo de un gobierno de la izquierda, reduciendo el espacio de la inevitable oposición de la derecha, sin que ello signifique perder el rumbo programático que se ha trazado?, ¿cómo seguir abarcando a todo el espectro de la izquierda, administrando las disidencias internas y evitando la emergencia y crecimiento efectivo de un partido que le rete desde esa punta del espectro político y, al mismo tiempo, sostener la moderación que le ha permitido aumentar sus apoyos electorales y, eventualmente, establecer acuerdos con otros actores del espectro político, necesariamente ubicados a su derecha, que aseguren una base política amplia y sólida como respaldo de su gobierno?, ¿cómo “normalizar” la relación con las Fuerzas Armadas, asegurando la completa subordinación de las mismas al gobierno, siendo que éstas aún evidencian una fuerte aversión a la izquierda y que permanecen irresueltos algunos asuntos relativos a las violaciones a los derechos humanos (en particular el no esclarecimiento, a 20 años de los hechos, de la situación de los detenidos-desaparecidos) ocurridas durante la dictadura, que un gobierno de izquierda no podrá ignorar?

Si éstos son los desafíos políticos e institucionales, los mismos no agotan el conjunto de problemas relevantes a los que se enfrentará tal gobierno. En el terreno sustantivo de las diversas áreas económicas y sociales, son numerosos los asuntos que integrarán su agenda y, sin duda, el esta-

blecimiento de un orden de prioridades que jerarquice objetivos, defina metas y plazos y asigne recursos escasos será una tarea ardua en la que se estará en juego una buena parte del amplio caudal de apoyos que la izquierda ha generado a lo largo de estos años. En este terreno: dos factores vuelven sumamente crítica la situación a que se enfrentará un gobierno a cargo de esta fuerza política. El primero de ellos es “estructural”: la acumulación de descontento que se ha venido produciendo con los partidos tradicionales, por lo menos desde 1985 a la fecha, hace que las expectativas puestas en un gobierno de izquierda sean muy elevadas, tanto en términos de eficacia como de velocidad en la obtención de resultados. El segundo es de orden coyuntural: la crisis económica que se inició en 1998, alcanzando su punto culminante a mediados de 2002, y el tremendo deterioro social que la misma ha producido incrementaron aún más el desencanto con aquellos partidos y las expectativas puestas en la izquierda, pero al mismo tiempo plantean un escenario nada favorable para que dichas expectativas puedan satisfacerse, en la medida en que los problemas económicos y sociales se han agudizado, mientras que los recursos disponibles para enfrentar más problemas se han reducido por efecto de la crisis económica, del sobreendeudamiento externo y del abultado déficit fiscal.

Agréguese a ello que los sectores más golpeados por esta crisis son los que menos capacidad de presión tienen. ¿Qué políticas de infancia, alimentación, educación, salud, vivienda, empleo e ingresos es posible formular en el marco de estas restricciones para enfrentar la aguda crisis social por la que atraviesa el país y pre-

viendo la intensa “lluvia de demandas” largamente contenidas que un gobierno de izquierda recibiría de parte de las organizaciones sociales? ¿A qué políticas de innovación tecnológica, de integración regional, de promoción de las inversiones, de comercio regional es posible apelar con los escasos recursos disponibles para impulsar la reactivación económica en el corto plazo y el crecimiento sustentable en el mediano y largo plazos? Por último, ¿qué margen existirá para el manejo de las políticas fiscal, monetaria y cambiaria, en consonancia con el objetivo de generar crecimiento y empleo sin afectar por ello la estabilidad macroeconómica, requisito para generar el entorno de confiabilidad que permita atraer inversión extranjera y mantener el crédito de los organismos financieros internacionales?

Estas interrogantes y desafíos (los político-institucionales y los económico-sociales), formulados aquí desde la anticipación de un escenario altamente probable pero aún hipotético, invitan a la búsqueda de respuestas que sólo podrán construirse desde la observación y el estudio de esa nueva realidad política, si finalmente se produce a partir de marzo de 2005.

FUENTES DOCUMENTALES

-“Bases programáticas de la unidad”, Frente Amplio, Montevideo, febrero de 1971, archivo personal del autor.

-“Una reflexión sobre la base de la renovación”, Partido Comunista del Uruguay, Montevideo, julio de 1989, archivo personal del autor.

-“Documento preparatorio del Congreso Extraordinario”, Frente Amplio, Montevideo, junio de 1994, archivo personal del autor.

-“Grandes líneas programáticas”, Frente Amplio, Montevideo, noviembre de 1998, archivo personal del autor.

-“El otro programa”, Encuentro Progresista-Frente Amplio, Montevideo, octubre de 1999, archivo personal del autor.

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

-Caetano, Gerardo, Javier Gallardo y José Rilla, *La izquierda uruguaya. Tradición, innovación y política*, Ediciones Trilce, Montevideo 1995.

-González, Luis Eduardo, “Los sindicatos en la arena política”, *Cuadernos de Marcha*, núm. 9, 1986, Montevideo.

-Harnecker, Marta, *Frente Amplio. Los desafíos de una izquierda legal*, La República, Montevideo 1991.

-Hobsbawm, Eric y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Cambridge 1984.

-Kirchheimer, Otto, “The transformation of Western European Party Systems” en Joseph Lapalombara y Miron Weiner (comps.), *Political Parties and Political Development*, Princeton University Press, Princeton, 1966.

-Kitschelt, Herbert, “Los partidos socialistas en Europa Occidental y el reto de la izquierda libertaria. Explicaciones racionales y no racionales de las estrategias de los partidos” en Wolfgang Merkel (ed.), *Entre la modernidad y el posmaterialismo. La socialdemocracia europea a finales del siglo XX*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, pp. 121-174.

-Lanzaro, Jorge, “El Frente Amplio: un partido de coalición entre la lógica de oposición y la lógica de gobierno”, *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, núm. 12, 2000, Montevideo.

-Levitsky, Steven, “Inside the Black Box: Recent Studies of Latin American Party Organizations”, *Studies in Comparative International Development*, vol. 36, núm. 2, 2001, Berkeley, pp. 91-110.